

Verde Gusano

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.
Verde gusano. Novela. 2021.

Domenech, María Tamara
Verde gusano / María Tamara Domenech. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-88-2097-2

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Espacios

Manzana

El espacio en el que se entrelazan los personajes de esta historia había sido un laberinto de ligustrinas.

Desde el inicio, como toda historia, ese hecho tuvo como protagonistas a otros, que sostienen lo siguiente: “nosotros, ahora, no vivimos en este barrio pero nacimos y crecimos acá. Te hablamos de hace cuarenta o cincuenta años atrás. Imaginate lo que era para un chicx, de esa época, vivir enfrente, al costado o atrás de un lugar con dos puertas, una en la entrada y otra a la salida y en el medio, un universo sin dimensión, marearte, perderte, tener que meditar a cada paso, dónde voy. Después del almuerzo veníamos siempre porque dentro de cada casa era silencio, deber, molestar, una familia de palabras propia del aburrimiento”.

Además de sus voces, registro la de sus padres y madres: “cuando vinimos acá, nos llamó la atención esta manzana verde. Vista desde de frente parecía una fruta mordida por decenas de bocas de chicxs a la vez”.

“Nuestro fondo linda con este lugar, entonces, nunca vimos lo que pasaba pero sí escuchábamos ruidos parecidos al de una manzana masticada, tragada, disfrutada”.

Y otra señora más: “tenerla al lado era sentirse permanente acompañado hasta que empezó la destrucción”. El marido de esta última vecina, afirma: “destrucción para vos, porque para otros fue la construcción de otra cosa”. Y cuando les pregunto, si saben, qué se construyó después, agregan: “lo que te podemos decir es que no vimos más porque nuestros chicxs dejaron de ir. Lo que antes era una visita obligada porque teníamos que buscarlos para que vinieran a cenar, se convirtió en el sonido de una perforadora que se mezcló con las señales de radio y los canales de televisión y nos acostumbró. Para ellos fue una ruina lo que para otros fue progreso. Los tuvimos años encerrados sin saber qué inventar. Esto duró desde la secundaria hasta que se fueron a vivir solos”.

Y unx de lxs hijxs agrega: “fue un antes y un después. Todavía hay veces que sueño con la etapa previa al laberinto, no sé si te servirá esta información, quizá sí, si unx cree en la premonición y era acuático, tenía rocas, peces, algas y me despierto sobresaltado porque a la falta de orientación, se agrega la falta de oxígeno y cuando, me doy cuenta de que no estoy allí, me siento en la cama y respiro, primero acelerado y luego tranquilo.

El sol que entra por la ventana lo veo verde, pero no es cualquier verde, sino verde gusano. De lo que estoy seguro es que mi gran sueño, no tiene el tamaño de la muerte, mi deseo es algún día, asentarme en este predio, en el que la verdad no sé muy bien qué funciona ni me interesa, tirar abajo lo que existe y volver a empezar hoja por hoja, rama por rama, sendero por sendero, hasta adentrarnos, junto con cada visitante, en algo que no sepamos bien cómo salir”.

Entrada

Frente al lugar que se construyó, después de que existiera un laberinto de ligustrinas, se erigió otro y me pregunto qué sucedería si, además de las puertas que abrimos por necesidad, obligación, deseo, abriésemos otras porque sí.

Las puertas que conforman una vida podrían ser más o menos estas: casa, cocina, baño, habitación; escuela, aula, dirección; trabajo, oficina, comedor; banco; comisaría; hospital, consultorio, sala de operaciones; panadería, carnicería, verdulería, ferretería; casa de amigx, bar, fiesta, salón.

Abrir las que no son para nosotrxs. Mentir. Entrar para ver. Qué y para qué son respuestas del después.

Me decido a cruzar, toco el timbre y se abre una automáticamente, una mujer me pregunta si soy nueva y le digo que sí, me hace pasar y, como al principio no sé dónde ir, despisto su vista hasta que encuentro un lugar donde quedarme.

Por un momento, dudo, no sé si estoy dentro de una cacerola de acero inoxidable. Pero a quién se le ocurriría, aun siendo una fábrica, que la arquitectura sea una miniatura de lo que fabrica. O, al revés, que las manufacturas sean miniaturas de la arquitectura. En ambos casos lo que veo es gris. Una visión líquida que se endurece con el miedo a ser descubierta.

Una placa de bronce, adosada a una de las paredes, me clava en una silla con el poder de un alfiler. Primero es una pero, enseguida, observo más. Tienen marcos y submarcos, letras y números. Fechas de partida. Nombres de personas que vigilan.

La luz que ingresa por un portón, que aparentemente da a un patio, rebota en ellas y tiñe los cuerpos, los pasos, las voces de dorado opaco.

La palabra clima desaparece, se produce una indiferenciación entre lo caliente y lo frío. La piel se vuelve un adorno antiguo que impide el contacto con lo que pasa.

Si estoy aquí no puedo huir. Tengo que meditar qué vine a hacer acá. Entonces, me concentro en la imagen de un abrigo pesado que dejo en el respaldo de la silla en la que estoy. Lo que provoca que se tumbe y mire desde una perspectiva caída.

Con la mirada concentrada en el techo desaparecen los obituarios. Cómo es posible pasar de tener un color de pelo, ojos, ropa, una bebida en un vaso, un libro o un juguete, la visión de un paisaje en una calle cualquiera, a ser de uno solo.

Esta recepción es una cacerola en la que se revuelven personas.

La mujer que me atendió dejó de verme. A cada persona que ingresa parece recibirla para que no la persigan. No quiere preguntas. Sino fijar sus ojos, de reloj pulsera con la malla rosada que le sujeta la cabeza, hacia otra vida que quizá está abajo o atrás. Su nuca, en la que a veces repara cuando deja de hacer lo que está haciendo, pareciera pedir que alguien le haga una caricia para sentir lo que parece muerto, si nadie lo toca. Su cabellera corta rubia hace que pegue un brinco, como si fuera un mimo, sin hacer ruido. Hasta alcanzar otro objeto que haga que interprete donde nunca había entrado por falta de invitación o convicción.

Televisor

Dentro del recibidor en el que me encuentro, nube gris dorada, sobresale un televisor. Negro con una enorme joroba y una pantalla rostro de recién nacido. Está ubicado en un lateral cerca del techo, como si lo hubieran colocado en un sitio estratégico después de una larga charla que casi termina en discusión. Imagino tonalidades: “¿no te parece mejor colocarlo lo más alto posible así pueden verlo más personas?” “¿Te escuchaste? Si lo hicieras te darías cuenta que lo que decís es una tiranía o un disparate. Por qué muchos tendrían que ver a uno solo y no verse entre todos los demás”. “Es que no me estás entendiendo, no podés tratar a los objetos como si fueran humanos”. “Ah, ¿no? y contame, quién extrae la materia prima, traslada e inventa para qué fueron inventados, quiénes los comercializan, haceme el favor de hacer un nudo entre cada cosa que tocás y tu mano y te vas a dar cuenta que el apretón es fuerte”. “Y qué pasaría si lo colocáramos en el piso. Acunaríamos, en ronda o semicírculo, los contenidos de un país. En cambio de ver en hilera, te quedás con los detalles, así nunca llegaríamos a tener la imagen completa, aunque fuese por una milésima de segundo”. “Ponelo donde tengas ganas, a mí ya me cansaste”.

Así, suceden cosas que, después de mucho tiempo, quedan en donde están porque cambiarlas significaría la idea y la vuelta de un bollo de harina que deja sucio donde pasa. Por el lugar que ocupa parece un cóndor y me pregunto si funcionará de la misma manera a los que conozco, quién lo enciende, cuándo y para quiénes.

Entonces me quedo todo un día para comprobar si tiene vida lo que pareciera ser, también, un chiche abandonado.

Desde que entré nadie supervisó. Me da la sensación de que, si unx pasa desapercibido es bien visto, no es echado, gritado ni denunciado.

Se trata de ser silencio aunque unx respire y tenga un corazón.

Alrededor de las dieciocho horas, me doy cuenta por la caída del sol, se escuchan pasos de personas que se van.

El espacio se sumerge en un baño de inmersión azul, con una cofia blanca de luz de luna, que impide que se moje el pelo un día de fantasía que provocaría más trabajo, tener que secar.

La pantalla se enciende, de manera automática, a las diecinueve horas para espectadores que son sillas y proyecta el día que pasó, a partir de la reunión de las miradas de quienes se detuvieron en él, palabras dichas en voz alta, como por ejemplo: “no sabía si salir con paraguas, qué te hacés el canchero, todo pegoteado, a vos te encanta, no te podés ir solo, ayer fui a comer afuera, vamos a tener que llamar a alguien para que te venga a buscar, lea bien el cartel señora, tus hermanos son menores, lo que buscás lo tenías atrás, no te vayas a olvidar el sombrero, tarde pero seguro y asegurado se lo llevaron preso, cuando vaya te voy a invitar, por este pasillo al fondo, si entrás te tenés que quedar” y siluetas sueltas, que pasan, de aquí para allá, como fantasmas.

Este objeto capta y proyecta contenido como si fuera una cámara de seguridad pero, como los espectadores son sillas que no están hechas para tomar cartas en los asuntos, forma un receptor inseguro al lado, cerca, lejano, abajo o arriba de ellas.

Busto

Lo que estorba se suele colocar a un costado o atrás. Nunca en el medio porque se lleva por delante y puede lastimar. Debajo del televisor, en diagonal a la Mujer Bienvenida, yace un busto de un hombre. Más que su pecho sobresale la cabeza, las orejas, la nariz. No quiero pensar en quién habrá sido sino en tanto pieza que ¿decora? un lugar.

Una habitación, por ejemplo, ¿tendría bustos? ¿De quiénes? ¿De los vivos o de los muertos o de ambos a la vez? ¿Un baño, una cocina, un living? Y presiento que estas momias se colocan en hilera en un espacio en el que circulan múltiples personas para sostenerse en el miedo, tomarse de la mano y dejarlo pasar.

Distinto sería si, en cambio de la cabeza, se dispusiera en el espacio una mano, una idea, un pie, una mascota, un pensamiento, una pierna porque provocaría el reconocimiento a partir de un irreconocible.

Me pregunto si, aunque sea una vez por día, alguien lo mira o si se lo coloca como si fuera una cruz con la intención de que ampare un desamparo: una cadena de cosas conocidas y vencidas.

Entonces, mientras saco una galletita de la cartera y la mastico lo más despacio que puedo para que llene mi estómago que está vacío hace tres horas pero que, en este lugar parecen más, imagino una rutina en la que cada trabajador tiene que disfrazarlo. Y le coloca un gorro, un collar, un vestido, una pluma, serían distintas maneras de burlarse de una obligación. Llevarlo hacia el centro de un espacio que hiciera pensar en qué consistiría que no moleste más. Sacándolo afuera y partiéndolo en mil pedazos, se confeccionarían bustos pequeñitos que servirían para inmortalizar el paso de los vivos, lo que exigiría, a cada quien, a desear el motivo por el cual querría ser recordado.

Me saco el zapato y la media del pie derecho. Toco el borde de esta elevación de madera. Cedo el calor para comprobar un indecible que consiste en que la forma no cambia sino el material. La temperatura del empeine ni bien lo retiro. Ocurre un amor deforme. En una sola dirección. Me alejo y dibujo en una libreta dos corazones con birome azul que recorto con las manos y pego con saliva en cada uno de los ojos de este hombre. Suavizar su mirada arrinconada para que llegue al otro lado de donde está, una serie de oficinas estampitas, una al lado de la otra, en la que las puertas están cerradas y, cada tanto, se entreabren y aparecen dos señoras, una rubia y otra morocha que murmuran con carpetas. Siempre están paradas al lado de una montaña de cajas. No sé si las custodian o se dejan custodiar por lo que supongo serán papeles y qué habrá ocurrido para que tengan que controlarse de ese modo.

Sus muecas son de cartulina. Quedan arrugas en el borde de los ojos, la nariz y la boca. Como si, en cambio del amor, se hubieran proyectado los extremos más duros del tiempo, una estalactita, lágrimas que reflejan la falta de calor.

Trofeos

Al lado de la puerta, que cuando se abre deja ver a las dos señoras, hay una vitrina que abarca toda una pared con trofeos dispuestos por tamaño, categoría y años en los que se jugaron campeonatos.

Nadie se detiene a mirarlos aunque expresen el triunfo de una jugada grupal. Quizá sea su condición de enjaulados lo que los convierte en la prohibición de una acción. El objeto candado, la imagen que clausura el brillo de las copas, la suavidad al tacto, la interacción con lxs demás.

La Mujer Bienvenida está de espaldas a ellos y conversa con, quien parece ser, un cuidador sobre la pérdida de tiempo que implica implicar estos objetos en una institución:

_ No sé, cómo no se cansa de franelear caprichos.

_ Es que prefiero esto a que me manden a acarrear mobiliario, el otro día les pregunté: ¿ustedes me vieron cara de carretilla?

_ Y qué le contestaron.

_ Que no hacía falta, que me pagaban para ser un transbordador. Terminé el día roto.

Sentía que la cadera iba para un lado y las piernas para el otro. Lo hice y me arrepentí, no por la tarea sino por someterme a las herederas.

_ Quiénes son.

_ Palabras directrices de dos víboras enroscadas.

_ No hay que preguntarles nada. Para la próxima, dícales que ya va y no va nada. Se queda acá, entre éstos, cómo decirles, cucuruchos, jajajaja. El postre que se comió después de un partido que ya pasó.

_ Es cierto, si se exhibieran para que cada año se los ganara otro.

_ Yo pienso igual pero esa idea se presta a la pelea, unos dirían que no vale regalar lo que se obtuvo y quienes los fabrican se morirían de hambre.

_ ¿Para quiénes los mostrarán?

_ Para lxs que vienen y preguntan se van con la idea de que aquí hubo ganadores.

_ Maltrechos, de tanto tiempo, se desoldaron botines, pelotas, banderitas.

_ Las personas no piensan en el dinero que lleva el mantenimiento de los muertos.

_ ¿Y si hacemos otra cosas con ellos?

_ ¿Para hacer un nuevo premio?

_ ¿Un premio partido?

_ Sí, una hebilla, una corona, un anillo, una cartera.

_ Como debiera ser. ¿Por qué ganar un partido te daría el derecho a ganar algo sano?

_ Tendrían que ser en tantos pedazos como personas jugaron.

_ Es preferible que se lxs lleven puestos a que queden en puestos que nadie más ve.

Y, desde donde estoy, observo cómo el cuidador extrae y guarda en el bolsillo de la campera las partes que, de no llevárselas, nadie se daba cuenta que se habían despegado porque lograba ponerlas cerca de la pieza principal, con una dedicación que nunca había visto hasta que ese esfuerzo se traslada.

La Mujer Bienvenida, le dice, cuando terminemos la jornada de trabajo tendremos otra vida basada en lo que, de ahora en más, habrá que inventar, no sé si está de acuerdo pero hasta podría ser un nuevo juego, deporte o amistad.

Y, efectivamente, después de la tarea cierran la puerta haciendo un ruido como si los hubiera aplaudido.

Máquina de escribir

Colgada como si fuera un cuadro sobre la pared que linda con la parte de arriba, me acerco y la tiro, con la intención de que el ruido provoque que alguna persona se acerque. Así son los estruendos que hacen decir cosas que las personas guardan por mucho tiempo. La primera que sale de su oficina es la señora morocha que le recrimina a la Mujer Bienvenida lo siguiente:

- _ Dónde se vio que tenga que dejar mis obligaciones para preguntar qué pasa y que a la persona que se le paga, por mantener el espacio común, no se haya levantado de la silla. Venga, por favor.
- _ No es para tanto, ya la levanto.
- _ Me asombra con qué simpleza intenta resolver una interrupción.
- _ Qué quiere que haga. Dónde la pongo.
- _ En el mismo lugar en el que estaba, por supuesto.
- _ El problema es que se perdieron los clavos.
- _ Buscalos.
- _ Vamos a ver qué podemos hacer. Si no los encuentro habría que comprar o pedir.
- _ A quién. Si acá dinero no hay.
- _ Y, en ese caso, tendré que molestarla otra vez.
- _ Para qué.
- _ Para ver qué hacemos.
- _ Y habrá que consultar con quien la haya traído hasta acá.
- _ Por el tiempo que demorará esa averiguación dejémosla debajo de alguna mesa, cosa de que no estorbe o la llevamos a la oficina de las cosas rotas.
- _ A quién se le habrá ocurrido traer este mamotreto.
- _ Por ahí se piensan que esto es un museo.
- _ O que colgamos cualquier cosa con tal de decorar.
- _ Una máquina de escribir, pobrecita, no es cualquier cosa. Tuvo una vida de desgaste.
- _ Pero si cada unx trae lo que le resultó útil convertiríamos este trabajo en una inutilidad.
- _ O lo más cercano a una cama del trabajo, donde las herramientas pudieran descansar.
- _ ¿Vos querés que se te rían en la cara?
- _ Para nada.
- _ ¿Entonces?
- _ Digo, que sería una forma de rendirles un homenaje. Pienso en los utensilios de cocina, un lavarropas, una plancha, una máquina de coser, una bordeadora, una calculadora, son tantas las ayudas mutuas.
- _ Sería un disgusto o un cachivache.
- _ O una manera de agradecer.
- _ Qué decís. ¿A ellos o a lxs humanxs que los inventaron?
- _ Eso ya sería más fácil de limpiar y colgar, serían las caras de los inventores y punto.
- _ Igual no quedaría silencio para algo nuevo y con qué criterio seleccionar.
- _ La otra es desalmarla.
- _ Desarmarla habrás querido decir.
- _ Es lo mismo. Quitar cada tecla, formar una palabra y pegarla.

- _ Si no tenemos con qué.
- _ O dejarla apoyada en el piso como si fuera el nombre de una pared blanca que nombra algo que hubo y que no está.
- _ Eso podría ser. ¿Y vos te encargarías de limpiarla todos los días y evitar que, quienes transitan por este espacio, no se la lleven por delante?
- _ Si no tengo que abrir o cerrar la puerta, no tengo problema.
- _ Pensemos, qué palabra podríamos formar con estas teclas antiguas.
- ¿ Quiere que ponga su nombre?
- _ ¿Y qué sentido tendría que una pared se llamara como me llamo yo?
- _ No sé señora, hace muchas preguntas y no propone una idea.
- _ Está bien. Armá mi nombre y el tuyo.
- _ El mío no me gusta, prefiero inventarme uno si no me molesta.
- _ Para nada, entonces yo también me lo invento y listo.
- _ Cómo la denomino.
- _ Marta. ¿Y usted cómo se quiere llamar?
- _ Me gusta la palabra mostacilla.
- _ Suena tonto.
- _ O misterioso.
- _ La mostacilla de Marta o Marta convertida en mostacilla.
- _ Y qué tiene que ver la pared.
- _ Eso quedará entre usted y yo. A partir de este momento, cada vez que se caiga, rompa, descomponga algo, inventaremos lo que tenemos.
- _ ¿Para jugar?
- _ Supongamos que es un juego.
- _ ¿Y con lo que quede de la máquina?
- _ Le pido que lo lleve hacia los deshechos.
- _ Tengo miedo de que se vayan a rebelar.
- _ Son supersticiones.
- _ Eso, señora, aparece por superposición.
- _ Qué dice.
- _ Las cosas que quedan debajo de las demás. Llegan un punto que se agotan, se despabilan y chau.
- _ Chau, qué. El orden tal cual estaba.
- _ Y, bueno que se rebelen, qué le vamos a hacer.
- _ ¿Y si nos sacan a las dos de patitas en la calle?
- _ Por favor, lo que sobre de esas teclas las pisamos como sapos.
- _ Es que pueden venir ellas con un montón más.
- _ Les pasa por descompuestas.
- _ Nosotras, andar acumulando lo que de tanto peso cae.
- _ Si hubiera tenido en cuenta la ley de gravedad, hubiera evitado que me haya tenido que levantar de donde estaba.
- _ No se haga problema señora, ya me ocupo, vaya no más.

Pecera

Estar de espaldas a algo permite tener alas y que vuele o vuelva lo que se creía olvidado, perdido, desconocido hacia adelante.

Este es un pensamiento que nace a la altura de los omóplatos y termina ni bien atraviesa las costillas.

Para qué se llenaría un cubo que no vería nadie o quienes lo verían sería por una directiva, como el destino de la máquina de escribir, por obligación.

Me pregunto si quien la trajo pensó en lo que una pecera proyectaba, no pensó nada o se sintió satisfecho de haber encontrado un lugar para un proyecto que completaría otra persona más adelante.

Recordé una que teníamos en mi casa de infancia y las palabras que pronunció mi madre al dejarla en la calle: "llevaremos este vacío donde haya alivio. Si no es con piedras y peces, se llenará de asombro ante la mirada de los niños que aguardarán en la intemperie el regreso de un animal querido".

Desde esta distancia puedo comprobar si hay una interrelación con las personas que pasan pero, como eso significa esperar y no quiero, me acerco y veo sirenas del tamaño de un dedo, con cabelleras blancas y aletas rosadas, labios rojos en busca de comida, cientos de algas adheridas a los vidrios como si fueran guirnaldas de un continuo festejo, brazadas y patadas que cambian el color del agua, de turquesa pasa azul y del azul al violeta y cada gota que salpican mancha y, en cambio de enojarse por querer ser como eran antes, disfrutan de un paisaje que entra en treinta litros de líquido.

Entonces me aferro a esa fuente, incubadora, libro transparente que deja que se vea el tiempo que aún no pasó.

Arriba

Llevo un día escondida en este lugar en el que sobrevivo a costa de haber traído galletitas y una botella de agua que recién terminé de llenar en uno de los baños, cuando todxs se fueron y cerraron la puerta.

Son las veinte horas y escucho algo o alguien que se mueve en el piso de arriba, al que no había querido ir por temor a ser descubierta. Lo que unx no ve, no sabe si es estrecho, amplio, cerrado, abierto, si tiene o no ventanas u otras escaleras que lleven hacia afuera. La imaginación tiene un límite si unx se quiere preservar. A tientas, subo una vez que me creo sola porque, está claro que, por los sonidos que escucho, no lo estoy.

Cuento trece escalones de mármol que llegan a una especie de repisa, a partir de cual nacen dos bases más, en las que se dispusieron mamparas de yeso que clasifican la actividad. Todavía no sé de qué tipo pero sí vislumbro una separación.

El sonido proviene del fondo de un habitáculo, que podría ser una jaula, un consultorio, un dormitorio, un callejón sin salida y avanzo.

Cuando llego, veo siluetas hechas de polvo de colores que se mueven en el espacio burlándose de lo que pasó en otro momento del día, de la historia, de la vida. Hay una con la cabellera azul, un buzo de jogging gris y zapatillas amarillas; otra con una rubia y mechones rosas, con un conjunto de jean y zapatones negros; y otra, completamente, negra con los ojos violetas y la lengua roja. Murmuran, se ríen, hasta que, como no me dan miedo, las miro y me invitan a entrar.

Es una comunicación sin palabras, un roce, el deseo de entender algo que quedará entre nosotrxs para no terminar en una cárcel o desnudos frente a nosotros mismos y lxs demás.

Un acercamiento de pipas que cuanto más abramos las bocas más rápido el humo se irá, entonces, las cerramos para emitir letras que identifiquemos con un sonido.

A, e, i, o, u son señales de un pasado en común y, sin embargo, cuando intento acercarme se produce un olvido, se desvanece una parte de sus cuerpos. Y me pongo a llorar. Me opongo a verlos sin un ojo, sin una mano, sin nariz pero no sirve que los reconstituya, si junto del piso lo que para ellxs es su propia carne, su propio pensamiento. Entonces, para evitar acostumbrarme a un derrumbe, lxs contemplo desde el fondo sin acceder a participar de, lo que considero, una revancha o una fiesta por la mitad.

Podría irme en cualquier momento, trepar, poniendo mesa sobre mesa, hacia la medianera y no volver más. Pero no quiero huir de una conversación que se parece a un baile aunque no quiera bailar. Entonces, me quedo hasta que escucho algo que no sé si es real: "Estás con los retados"; "Acaso, ¿no sabías lo que venías a buscar cuando te quedaste?"

Y, pese a que hayan pasado diez minutos, no logro decodificar de qué está hecho el cielo, el encierro, este paisaje en el que, aparentemente, viven chicxs que fueron prohibidos.

Atrás

Se llega por un pasillo sin luz. O quizá la haya, pero el hecho de encenderla provocaría que algún vecino viera algo que no está acostumbrado y llame a la policía o que vengan ellos a aventurarse en una aventura que, seguramente, tampoco sabían que existía, aun estando al lado.

Entonces, pienso que será mejor caminar en cuatro patas hasta el final, de esta manera será como obtenga equilibrio, al tiempo de acrecentar nuevos receptores en las extremidades ante el peligro.

De ese modo se llega a un habitáculo galpón en el que nadie, excepto las hormigas, puede trabajar. Es un espacio en el que se apilan los rotos: sillas, cajas, mesas, azulejos, pizarras, hornallas, ventiladores, mástiles, marcos de cuadros, tubos de oxígeno, cadenas, pliegos, lamparitas, latas de pinturas vencidas sin estrenar. Estos son los pocos objetos que distingo gracias a la luz de la luna que alumbra partes reconocibles de lo que no funciona. El lugar irradia una fuerza de atracción hacia un pozo del cual, durante el día, sería difícil escapar porque se perdería la vista recorriendo cada parte que no conduce a ninguna más. Y cuando termino de evocar la palabra vista aparece un murciélago que parece vivir aquí desde hace mucho tiempo, su pequeño cuerpo y sus grandes alas ejecutan movimientos que interpreto como señales para que me vaya. Y le pregunto, desde hace cuánto tiempo vuela por acá y él me responde en inglés, como le digo que no entiendo, me responde en francés y como le digo que tampoco, me dice que no tiene tiempo ni ganas de darme clases, explicaciones, y que no lo vuelva a molestar.

Me quedo pensando en cómo se me ocurrió hablarle y, en seguida, me respondo que lo que parece irracional es lo que hacemos todos los días quienes tenemos mascotas. Lo que nunca imaginamos es que ellos nos respondan. Entonces dudo, sobre la posibilidad de que, en vez de un murciélago, sea un loro que repite partes de una conversación que escuchó muchas veces. Le doy la espalda y bajo.

Una vez que me ubico debajo de una mesa que no cumple ninguna función cerca de la puerta, rezo para que no se alborote el animal y me deje un tiempo más. Si es que alguna especie de dios existe y me escucha prometo escribir un texto con lo que haya vivido para no volverlo a ver. ¿O sí? ¿Para qué me quedo en un sitio al que no fui invitada? Y repito en silencio, para entender lo que estaba cerrado. Abrir una botella, dejar que el líquido rebalse y nadar. Qué permanecería en nosotros si viéramos a través de un mismo color rosa, rojo, naranja que nos vuelca hacia sitios recónditos. La palabra licor haría que salga a comprarlo y convidarle a quien no quiere compañía. Si me aceptara se produciría una profundidad, un dibujo de dióxido de carbono con cientos de relieves que ascienden hacia el oxígeno.

Patio

A las cinco de la mañana la intemperie constituye una esperanza de terciopelo verde. Un nuevo día anima a quien no quiera pensar pueda, volver hacerlo, una vez más.

Así cientos de baldosas dispuestas, una detrás de la otra, dejan entrever que sus uniones no son permanentes y que, si no hay gente que las pise, exponen sus fisuras.

A las seis, cuando el sol penetra el silencio aparece la tierra que reserva miles de vidas diminutas entre lombrices, babosas, gusanos, raíces de todo tipo y bichos bolita. Si les preguntara desde hace cuánto tiempo están acá o de quiénes descienden, no me responderían de la manera que lo hacen lxs humanxs. Pero, si inventara un lenguaje con mi mitad animal sabría algo sobre el pasado en el que esta institución se encuentra y haría que creciera en esta arquitectura cuadrilínea un bucle que indicara otra dirección.

Entonces, me acerco para entender por qué de lejos las preguntas quedan sin respuesta y, sin tocar lo que no es mío, ni meter una rama o un palito, aparece como si nada un gusano que gorjea un idioma extraño.

Busco una lupa en uno de los cajones del escritorio de Señora Morocha, la encuentro y la llevo para mirarlo. A los costados de él aparecen otros que realizan el mismo movimiento con la boca y con la cola. Cuando la boca se cierra, la cola se arrastra hacia atrás en busca de un envión, lo que produce que, más tarde, la boca se abra. Y dibujo en una libreta un alfabeto compuesto por círculos breves y extensos, líneas cortas y largas. Interpreto que hace mucho que esperan una oportunidad. Lo que no sé, es cuál. Si sería volver a convivir con lxs chicxs entre caminos de ligustrinas o quieren otra cosa o si, aun volviendo a vivir lo que pasó, desean cumplir otro rol: en tanto guías espirituales de un turismo lento.

Anoto lo que veo y lo que pienso en relación. Quizá entender no sea hallar una respuesta a la pregunta del principio sino dejar que no caigan al vacío otras, que se desprenden del acercamiento, a propósito de la primera. Colocar los brazos a una distancia que las sostengan, en cambio de que dejen que se estrellen contra el piso.

Serán las siete y en cualquier momento llegará la Mujer Bienvenida y, si sale al patio y observa todo esto, la culparán por algo que no hizo.

Dispongo de manera provisoria lo que saqué con la mirada no sin antes anticipar a quienes considero amigables:

Ni bien pueda voy a volver.

_____o_____.

No sé si el camino será largo o corto.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooooo.

Espero que sea pronto.

---.

Identifico que dicen algo así, como “nosotros también”.

Trabajadores

Cecyl

Es el sobrenombre de la Señora Rubia, aunque su verdadero nombre es Cecilia pero pide, cada vez que la llaman de ese modo, que por favor, le digan simplemente Cecyl, ya el hecho de que pronuncie la palabra "simplemente" provoca que el encuentro se desenvuelva de esa manera o, por el contrario, sea compleja.

Me pregunto, desde atrás de la puerta de una cabina abandonada, ubicada en el centro del hall, si no será que se siente acomplejada por haber nacido acá y no en otro país o continente de habla inglesa. Su aspecto sigue obediente la fabricación de su sobrenombre, consistente en llevar el cabello tirante, atado con una gomita que, por su color, pasa desapercibida, polleras pantalones, remeras y buzos atados a la altura del pecho.

Cecyl, que es quien por lo visto, dirige este lugar, tiene el aspecto de un pic nic, una excursión, la esperanza de la hora en la que tender una manta, disponer manjares y disfrutarlos despacio mientras se mira una puesta de sol.

La misma tensión que crea en torno a su nombre, la expresa su vestuario en relación a la función que cumple. Ella entra a la oficina en la que está Señora Morocha y cuando alguna persona se le acerca a preguntarle algo, por eso deduzco que es quien dirige, sus palabras frustran la alegría que provocaría cualquier paseo porque golpean, antes de salir de su boca, con la realidad. Escucho que contesta *no* con un tono que obnubila a los demás a indagar, como si petrificara a los empleados adversarios de lo que para ella sería un ideal, posar y creer que así posee cientos de hectáreas que le devuelven aire fresco, el deseo de conocer, contemplar, tragar y así, sucesivamente, hasta el más allá de donde está.

Por cómo camina, pasos largos entre una oficina y la otra, disfruta de un hábitat que existe sólo en su mente, en un viaje imaginario o lejos de su hogar.

Cecyl, aquí disfruta de las dimensiones encerradas que no deben ser como su casa, quizá un departamento de un ambiente o dos y llega a esta dependencia cuyo cargo le pertenece como si le perteneciera la institución completa, en este aspecto, se entiende su fantasía con la realidad.

Querer tener un nombre que no tenés. Querer vivir en un lugar que no vivís. Querer estar donde no estás hace que Cecyl, en cambio de estar bien, se ponga mal por sobreponerse a los hechos en cambio de destruirlos y componer con escombros otro retrato de ella misma que no sea resentir.

Si trajera sus ropitas de niña, en el maletín con el que llega a diario, vestiría las pocas plantas y árboles que están en el patio y se daría cuenta que podría construir estatuas vivientes, una mezcla que una la maleza y el presente y, cuando pienso en este paisaje incipiente, temo por los seres que viven debajo de las baldosas. Cómo vería un gusano una especie de espantapájaros. O, al revés, qué significaría que un árbol disfrazado se llenara de gusanos creyendo, estos, que es un humano muerto y los podría alimentar.

Aun así, creo que le vendría bien recorrer lo que dirige, regar la niña que disfrutó, sacar las hojas secas que la afean, estar en una búsqueda permanente de nuevos talles porque los árboles como los niños crecen.

Marta o Matar

El trabajo de Señora Morocha transcurre sentada en una silla durante seis horas. Si bien, aparentemente, su entrada es a las siete de la mañana llega a las seis y, si bien el horario de salida es a las doce se retira a las trece.

Llevo tres días aquí encerrada, tomando agua y comiendo galletitas pero la estadía en un lugar en el que nunca había ingresado, lejos de repelerme, me cautiva como si yo misma fuera un gusano y el sitio en el que estoy una manzana, con la diferencia de que, más que alimentarme, quiero comprender algo que a la distancia me daría asco y estando aquí no tanto.

Marta llega, abre la puerta de su oficina y, sin sacarse la campera, ni el pañuelo que lleva en el cuello, ni los guantes cortados, antes de que terminen sus dedos, extrae de su bolso, que sí dejó apoyado en su escritorio, un paquetito que desenvuelve con tranquilidad hasta que se lleva una medialuna a la boca mientras destapa un vaso que contiene algo caliente, lo revuelve con una cucharita que trae de su casa porque es de plata y tiene una corona en la parte de arriba y sorbe despacio.

Imagino, desde el mismo sitio en el que estuve todo el día de ayer que, o no tiene hogar o lo tiene y no le gusta o le gusta y no se siente cómoda o le gusta, se siente cómoda e igual precisa un momento para estar sola. Es la primera persona que llega y me doy cuenta que tendría que llegar después de la Mujer Bienvenida porque se supone que, para las reglas que rigen esta dependencia, aquéllas que reciben al público se encargan de visualizar si está limpio, hay o falta papel higiénico en los baños, si hubo algún desperfecto que se deba resolver antes del comienzo de la jornada laboral.

La verdad es que todavía no sé a qué se dedican estas personas, lo que sí sé, es que entre ellas dos siempre hay discusión porque al llegar primero la que debería llegar después, hace que la que llega a horario se sienta controlada y, lejos de querer ejercer algún tipo de control, en esa hora libre que, se ve, precisa Marta para desayunar tranquila, Bienvenida la siente como una hora extra que Señora Morocha cobrará para hacerle la vida imposible. Me doy cuenta por el diálogo que sigue:

- _ Quién golpea a esta hora.
- _ Soy Bienvenida, quién es usted.
- _ Quién va a ser, Marta.
- _ Se nota que se tomó en serio su nombre de fantasía.
- _ Así es, me lo voy a quedar, qué pasa.
- _ Me asusté porque a esta hora se supone que estoy sola y como vi luz me pregunté si era usted o si alguien se había olvidado de apagarla.
- _ Qué quiere.
- _ Como le dije, saber solamente.
- _ Ya lo sabe, qué tenga buen día, ahora váyase.

Y mientras Bienvenida recibe a los proveedores antes que al personal, Marta ya se puso nerviosa porque alguien interrumpió su tiempo de columpiarse en un trabajo.

Sale exactamente de la misma manera que había entrado y grita: “qué susto, al verme reflejada en el vidrio que me separa de los otros, mi nombre tiene las mismas letras que las de la palabra matar y no me había dado cuenta hasta llegar acá”.

Guita

Su madre le puso Guitarra porque era el instrumento que tocaba desde chica y amó hasta que se casó, se separó y tuvo que salir a trabajar para criarla. El sobrenombre que le quedó fue Guita, apodo que nunca pensó en cambiar porque no le molestaba o, quizá, hasta la representaba, el hecho de tener que salir a buscarse para sustentarse, oír una música que enredara la rutina era la salvación.

Guita llega a las ocho y se pone a hablar con quien se encuentre. Se ve que la quieren porque es la única que se deja llevar, hace del tiempo productivo una improductividad cómoda, vital. Se impone con Bienvenida, Cecyl y Matar, pareciera imposible para los otros darle la espalda porque su voz, hecha de cuerdas graves, pide que las escuchen vibrar.

Es la única que se da cuenta de que algo extraño pasa y temo que me descubra, aunque creo que no sería capaz de delatar lo que se encarga de desnudar.

Al mediodía, se encontró con Matar y mantuvieron la conversación que voy a intentar recordar:

Guita a Marta:

- _ ¿No sentís que hay una presencia extraña?
 - _ La verdad es que no sé de qué me hablás.
 - _ Una energía.
 - _ ¿Maligna o positiva?
 - _ Todavía no te la podría describir pero estamos siendo observadas. Es una señal que me llega a través de esta medalla que tengo colgada en el cuello desde que mi mamá se descompensó y nunca más volvió a sostenerme.
 - _ No sabía lo de tu mamá. Nunca me lo habías contado.
 - _ Es que a una no le pagan para andar con cuentos. Hablando de eso, ¿no sabés nada?
- Hace seis meses que no cobro.
- _ Nada, no. No, nada.
 - _ Pero deberían saberlo porque nosotros dependemos de ustedes.
 - _ Y nosotros de un montón más que están arriba.
 - _ Cada trabajo no puede ser una cama.
 - _ Qué.
 - _ Un colchón con miles de frazadas no sabés a quién se tapa.
 - _ Dejate de tonterías.
 - _ Tengo que comer. Pagar las cuentas. Por qué me hacés decir algo que no querés responder.
 - _ ¿No tendrías que estar en otro lado a esta hora?
 - _ Qué rápido se terminan las palabras con personas que acatan
 - _ Qué me querés decir.
 - _ Lo que escuchás.
 - _ Si te deja más tranquila, voy a averiguar.
 - _ Qué fácil es decir siempre lo mismo, escucharte es un cadena, una oración que me ata la vida, me gustaría que fuese de jabón y que, en cambio de apretar, perdiera por una alcantarilla un anillo que hace mucho que me aprieta.

Rey

También podría ser Rei, acentuado, alternadamente, en la e o en la i. Viene a este lugar a encontrar eso y, si no sucede en el tiempo que dura su trabajo, lo espera, de lo contrario se deshilvana el sentido de sí mismo.

Rey se viste de negro, el pantalón, la camisa, la campera, las medias, los zapatos, el único color es su boca, los labios, la lengua, los dientes cuando él mismo provoca risas, distendidas o nerviosas, a partir de preguntas que nadie hace.

Desde hace tres días y medio que estoy sin moverme en el mismo lugar. Eso sí, cambio el cuerpo de posición para que no se duerma ninguna parte y me duela. Estoy maravillada sobre la cantidad de posiciones que una persona puede adquirir para seguir atendiendo un absurdo. Estuve parada cuatro horas y, ahora, sentada en el piso, me hice una bolita con los brazos sosteniéndome las orejas y la cabeza para escuchar a Rey que está del otro lado:

_ No me podés repetir siempre la misma cantinela.

Matar:

_ Te cuento lo que me llega.

Cecyl:

_ Tendrías que tenernos más respeto, nosotras dos solas sabemos los vericuetos de este cuento.

Rey:

_ Uno llega y siempre es de noche este lugar.

Matar:

_ No sé a qué te referís pero aun así tendrías que estar haciendo tu trabajo.

Cecyl:

_ Hací caso, ¿no pretenderás que te tratemos como un encaprichado?

Rey:

_ Yo voy a ir a mi tiempo, una vez que ustedes expliquen cómo se supone que debemos trabajar sin elementos.

Matar:

_ Inventalos con tu voz.

Cecyl:

_ No sé bien a qué elementos te referís pero cuantas menos cosas haya en un lugar, ¿no te parece que es mejor, que las tendrán que representar?

Rey:

_ Este descampado me tiene hartito.

Matar:

_ Andate.

Rey:

_ Matate.

Cecyl:

_ Sin violencia, por favor, que estamos todos grandes para entendernos con palabras.

Rey:

_ Mirá quién habla. La reina del No. Qué lástima, si por lo menos hubiera un concurso y un premio nos juntaríamos para festejar algo.

Cecyl:

_ No me faltes el respeto porque yo no te lo estoy faltando a vos.

Rey:

_ Faltarme el respeto es responder siempre igual, qué te creés que soy.

Matar:

_ Un simple empleado.

Rey:

_ Soy el Rey.

Cecyl:

_ No me hagas reír, el Rey de qué.

Rey:

_ El Rey que reclama lo que tiene que haber. De aquí no me muevo hasta no llenarme las manos con lo que tengan para repartir.

Y como Rey no se mueve y las mujeres no quieren lío, lo conforman con cajas de cartón repletas de hojas, biromes, plasticolas y alfajores.

No sé dónde lo llevará, ni quiénes son los destinatarios, de lo que estoy segura es que, con su tono, consiguió no adulterar ninguna cuerda vocal.

Gato

Es el sobrenombre que imagino para un hombre que llega con bufanda, protegiéndose el pecho, la garganta, la voz, luego se saca los guantes para agarrar, con una mano, una lapicera con la que firma una planilla, mientras que, con la otra, sostiene un maletín negro, que según se muevan sus piernas se torna azul o marrón.

Después, espera a que alguien lo llame, suene una alarma, un timbre interior y, recién en ese momento, se levanta y camina.

Este hombre me intriga, entonces, cuando veo que sube las escaleras, de una manera lenta, salgo de donde estoy y me mezclo como si fuera una habitante más.

Llego primero que él y merodeo hasta visualizar a qué sitio se dirige. Lo hace hacia la habitación vacía en la que había observado figuras hechas con polvo de colores, dice buen día, entra y cierra la puerta.

Entonces sólo puedo intentar agacharme y ver por la mirilla del picaporte pero el problema es que, esto último, sería mi expulsión. En una habitación opuesta a la de Gato me concentro para escuchar:

- _ Hoy les voy a hablar de un tema que probablemente ya conocen.
- _ Tenemos mucho miedo doctor.
- _ Estoy para ayudarlos, tienen que confiar, seguir el ritmo de mis palabras. ¿Comieron?
- _ No.
- _ Entonces lo primero que vamos a hacer será poner la mesa. Les traje pastel de papel, ahora les voy a cortar una porción para cada uno, así no se pelean.
- _ Esta comida es inmundada.
- _ Como pueden decir eso si afuera hay personas que no comen.
- _ Pero deambulan.
- _ Ustedes también pueden hacerlo aunque, de tan flacuchos, se caerían por las ventanas.
- _ No es gracioso.
- _ Ya lo sé. Tendremos que pensar cómo salen adelante.
- _ Llévenos con usted.
- _ Ni que fuera tan fácil. Afuera es difícil.
- _ No tanto como aquí. Vivimos desapercibidos.
- _ Yo los tengo presentes en mi corazón.
- _ Sus ideas no nos alcanzan.
- _ Entonces los alcanzarán a partir de esta bufanda.
- _ Qué quiere decir.
- _ Tendremos que pensar de qué manera podremos permanecer unidos, pese a estar distanciados.
- _ Correríamos el riesgo de ahorcarnos.
- _ Coman, beban y luego, indagaremos cómo transformar un objeto peligroso y abrigado en otro que abra el paso.
- _ No tenemos fuerza en las manos para cortar.
- _ Yo los ayudo.
- _ Lo único con lo que contamos es con nuestros cuerpos.
- _ Eso sería un despropósito, no tiene ningún sentido liberarse y sucumbir.

- _ Tendríamos que hilarnos.
- _ Con qué.
- _ Con las fibras de las ropas que usaron antes.
- _ ¿No llamaremos mucho la atención?
- _ Tendrán que ser hilos fuertes y finos que puedan pasar por ejemplo, por la mirilla del picaporte.

Entonces Gato se acerca y pasa una lana de su propia bufanda, la punta de un punto descosido.

_ Si pasa algo o extrañan tiran un poco de este lazo que anudaré a mi muñeca y me voy a dar cuenta que me necesitan.

_ Será una prenda, casi invisible, de amor.

_ Una sensación que ocupará la ciudad.

_ Si tuviéramos la posibilidad de ponerle ojos a esas fibras sería un modo de estar donde está usted y evitar que venga antes.

_ Esa idea es imposible porque nunca se probó un trasplante entre materiales distantes.

_ ¿Y si nos da señales haciendo moños o nuditos?

_ Si veo un pájaro haré un moño, ustedes lo sentirán en sus manos por cómo los tironeo.

Hoy nos concentraremos en deshacer lo que se hizo.

Y, cuando me acerco, por la intriga que me genera todo esto, veo a las criaturas de colores repasando la lección en el aire. Aferrados a las palabras de Gato como si de ellas dependiera el porvenir.

El celador Adán

Temo enamorarme de quien acabo de ver. El hombre Gato. Yo también me agarro de las palabras que pronuncia y, como esta situación me genera una ilusión que hacía mucho que no sentía, respiro de una manera grandilocuente y llamo la atención de un celador. Escucho sus pasos suaves y decapitados. Una fruta que, en vez de perecer en manos de otrx, se convirtió en un odio que gatea.

El pantalón y el pulóver le quedan holgados, arrastra sus pies hasta que golpea el habitáculo en el que estoy:

_ ¿Hay alguien ahí?

_ Silencio.

_ No me gusta que me tomen por idiota. Si pregunté algo quiero que me respondan.

_ Silencio.

_ Como nadie contesta y escuché un ruido voy a tener que entrar por la fuerza.

Y, desde atrás de un ropero que contiene un sinfín de láminas roídas, lo observo.

Entra con una botella vacía con la que golpea cada mueble para descontrolar su control.

Conmigo no se jode, ratas de mierda. Les voy a poner veneno hasta que se les reviente el vientre. Ya van a ver, con sus crías me voy a hacer una sopa.

Y se va.

Recién en ese momento, salgo de detrás de las maderas y siento como mi corazón llora de miedo. Me llevo la mano al pecho para calmarlo y, cuando me recupero, escucho otro grito más:

_ Ché Adán, qué hacés ahí.

_ Y, a vos, qué te importa.

_ Te llaman abajo.

_ Cada vez que me voy me vienen a buscar. Se ve que me quieren.

_ Quién te va a querer a vos.

_ Tu mamá, tu hermana y tu mujer.

_ Lo bien que te haría.

_ Si mi comportamiento cambia sabrás por qué. Seré tu hermano. Tu padre. Un amante.

¿No me querés adoptar antes?

_ ¿Un tirano como vos?, ni loco. Me llevaría toda la vida hacer un trato.

_ Si yo te trato bien.

_ Por qué no dejás esa botella que te lleva como una pistola sin manija y ocupás tu mano en otra cosa.

_ Querés que te cuente con qué otra cosa la ocuparía.

_ Dejate de tonterías y bajá que no tenemos todo el día. Desde ese momento, supe que

Adán es el nombre del celador que cela el lugar en el que no está.

Portal

Hace cinco días que como lo mismo y no me baño. No extraño ni pienso qué mentira diré frente a mis jefes, amigos y familia. Vine a este lugar sin teléfono. A propósito. Querer conocer consiste en no tener distracciones. Temo que este enfoque se convierta en una predilección y el encanto de dejarme llevar por vidas que no conozco haga que me convierta en una ciruja.

Esta intromisión podría haber sido parte de una investigación, algo planificado y pagado. Sin embargo, surgió como, a veces, ocurre con las salidas, el amor, el aroma hasta morder algo rico, siguiéndolas.

Pienso en cuántos días sobreviviré sin ducharme, cambiarme la ropa, cómo haré para no convertirme en una paloma o un perro que, por lo menos, entran y salen porque ven una continuidad entre los establecimientos, los barrios, las calles.

Me pregunto también, si no me dará asco comer siempre lo mismo y en cuántos pedacitos se puede cortar lo que se tenga para no perecer. Entonces, trituro los trozos de los primeros días hasta volverlos migas y como una o dos.

Presiento la vida dentro de una manzana, deseo alcanzar el mayor esplendor antes de que me arranquen. No sé qué quiero decir, intento precisarlo, mientras desciendo al primer piso, y encuentro en Portal la definición.

Ella es la encargada de abrir y cerrar la puerta del lugar. Su pelo es canoso, sus ojos celestes, usa ropa clara y lleva encendida una vela de cumpleaños en la mano.

A cada persona que golpea y entra, ella la saluda como si ese fuese su día especial y, en cambio de decir buen día, por ejemplo, repite: “que seas muy feliz, ahora apagá”.

Y cada una que sopla, sin saludarla ni nada, se va.

Ella sumó a su tarea, una más y, pese a que nadie agradece el detalle, hace que cuando se va floten a su alrededor un sinfín de burbujas transparentes.

Su nombre no lo sé, nadie lo pronuncia. Excepto chistes:

_ Para cuándo una torta.

_ Cuando quiera. Si me compra los ingredientes yo se la hago.

Escucho la palabra torta y comienzo a salivar. Entonces ella observa un hilo de baba que antes no estaba. Y dice, deben ser esos perros que andan sueltos, pobrecitos, vienen acá creyendo que esto, qué será, ¿un restorán?

Y le envío una señal invisible que significa ayúdame. No quiero padecer este arrebató porque las cosas sin sentido, a la larga, lo tienen. “Teneme”, murmuro hacia el portal.

Y ella se acerca a la cabina abandonada a la que nadie entra y deja sobre el piso un recipiente con agua y otro con unas facturas que pidió le convidaran para darme, que no sabe si soy un perro, una persona o una paloma que entra a una realidad distinta, que ella misma generó.

Libra

Después de comer dulce de leche me siento mejor aunque más cansada, no habría ningún problema si estuviera en mi casa o en la de algún amigo, pero acá, ya es otro cantar. Tengo que pensar lo que, en otra ocasión, sería dejarme llevar hasta una cama o un sofá.

No hay manera de que continúe el trabajo de observación sino encuentro un lugar para dormir, con lo cual, si no quiero quedar hecha un bicho en el suelo tengo que pararme ya mismo y encontrar un sitio en el cual estirarme.

Camino hacia enfrente, detrás de una señora que renguea hasta que llega a una oficina, se dirige hacia su silla y se sienta. Como me ve, me pregunta si necesito algo y, como su tono es suave, su cuerpo parece la vaina que cuelga de un árbol, me da la sensación de que va a entender un despropósito. Le digo que sí, que necesitaría saber si podría indicarme un lugar para descansar un rato y responde:

_ Ah, usted seguro debe ser la acompañante.

_ Claro, hicimos un largo trecho.

_ Yo admiro a quienes se preparan para llevar a otros a visitar lugares, incluso hasta sus casas, porque se pueden perder, ¿no es cierto?

_ Exacto, es una profesión para la cual se requiere mucha concentración.

_ No me explique, que de eso sé un montón. Mire la cantidad de papeles que hay que completar, después revisar, despachar y volverlos a recibir para guardar.

_ Qué lío.

_ Esto no es para cualquiera. El que pierde la paciencia hace que la pierdan un montón de personas más. No podés ir rápido, tenés que ir con cuidado. Yo no tengo problema, si quiere pase y acomódese por acá.

_ ¿Estará sola o alguien más trabaja en este lugar?

_ Sola en esta oficina, en la calle, en mi casa. Desde que soy chica nunca supe lo que es tener compañía.

_ ¿No quiso tener animales?

_ Para que sufran no, de qué me sirve que me esperen en un departamento oscuro todo el día. Les daría una vida de porquería por un poquito de amor.

_ No tiene sentido.

_ Yo disfruto de ver cada cosa. ¿No cree que son presencias tan importantes como las de cualquier ser vivo?

_ Puede ser, nunca lo había pensado.

_ Yo sí, este es mi vasito, desde hace años es el mismo, si no estuviera él me sentiría desprotegida. Traje unas flores de plástico para que decoren la computadora y este cuadernito, ¿no es lindo? Son pequeñas las cosas que una necesita para habitar la inmensidad.

_ Parece un glaciar.

_ Por eso, intento circunscribir el hielo desde donde empieza mi nariz. A mí me gusta el calor del té, evaporándose en el aire, parecen dos amigas que huyen después de haber cometido una picardía. Si necesita algo me llama, mi nombre es Libra. Vaya y duerma, no me haga caso, que le podría estar contando todo el día mi vida en esta silla sin rueditas.

Cintas

Es el nombre de una princesa pobre. A quien, al día siguiente, puesto que me quedé dormida, escucho hablar con Libra:

_ ¿No se sabe nada de los cobros?

_ Nada.

_ Pero hace cinco años venimos, religiosamente, y se nos dice que está por llegar algo que no llega más.

_ No sé qué decirte. Yo hago lo que puedo aunque no sea suficiente.

_ No es tu culpa.

_ A veces, tengo la sensación de que somos hormigas malformadas que se comen así mismas.

_ Ya van a ver estos cretinos. Me estoy cansando.

_ El tema sería identificarlos.

_ Ese el problema, se crea una niebla que impide saber dónde se esconden.

_ Tendríamos que pensar un plan.

_ Me encantaría pero decime en qué momento.

_ Ahora.

_ ¿Y si nos vienen a buscar?

_ Tenemos que trabar la puerta con una birome, un gancho, un cuchillo y, entre que llaman a un cerrajero y llega, nos dan tiempo para pensar.

_ Dale, traé lo primero que encuentres.

_ El cuchillo que uso a diario para pelar la fruta.

_ Excelente.

_ Ya trabé.

_ Entonces, ¿revolvemos papeles o llamamos por teléfono amenazando a quien corresponda?

_ Prefiero la segunda opción porque la primera temo que desordene el trabajo de casi toda una vida.

_ Traé el número de las serpientes.

_ Lo sé de memoria, te lo paso.

_ “Si siguen comportándose de una manera arrastrada con las empleadas y no se paran para que este lugar sea lo más parecido a paraíso, enviaremos una carta documento obligándolas a deshabitar el pantano en el que convirtieron las relaciones. ¿Entendido? Somos La Cúpula”.

_ ¿Pensás que un simple llamado podrá hacerles daño? Si las momias no se asustan con nada.

_ Ya veremos. Sigamos buscando contactos que alboroten la rutina.

_ El tema es que se puedan dar cuenta de que somos nosotras si rastrean las líneas.

_ Que nos encuentren. A esta altura, habría que enfrentar a estas cobardes.

_ Si no tenemos para comer, nos tenemos para vivir.

_ De eso se tratará en adelante. Qué hace esa persona ahí echada, ¿es nueva?

_ No, es la que se encarga de acompañar a quienes no pueden andar solos.

_ Pobrecita, tapala, no sé, con un papel, tantos que tenés ahí ordenados, sacalos y vas engancho con la abrochadora, ese sería un trabajo útil y no esta tomada de pelo.

Laurence

Es el nombre de una persona que parece una bailarina y que entra a la oficina en la que estamos con Libra y Princesa y se pasea por el espacio como si nada. “No sé qué estaba buscando”, pronuncia en voz alta pero, cada vez que me pierdo, vengo aquí. Espero que no les moleste.

Cuando la ve llegar, Libra se pone un poco nerviosa:

_ Si nos decís en qué te podemos ayudar va a ser más fácil. Tenemos que despejar, no entramos todas.

Princesa acota:

_ Bueno, ché, dejala tomar aire, andá a saber de dónde viene, convidale un vaso de agua, que cuando una respira se ubica.

Laurence:

_ Me siento desclavada.

Libra le dice a Princesa:

_ No va a ser fácil ayudarla, le contesté así porque sabía que ella no sabía dónde estaba.

Princesa:

_ Escuchame una cosa, intentá hacer lo que mejor te salga. Te dejamos acá un ratito para que analices si irás arriba, al fondo o dónde podés ubicarte. Acá no se puede. No es mala gana es que es un espacio chico y tenemos que pensar.

Laurence:

_ No sabía que el pensamiento ocupaba espacio.

Princesa:

_ Bueno, ahora ya los sabés.

Libra:

_ Esta mujer es víctima de su imaginación. El otro día me preguntó si no me parecía que se comportaba como una lagartija, le dije que no, si no huiría.

Laurence:

_ Libra, no te quieras librar de mí así. ¿No te das cuenta que estoy al lado tuyo y te escucho?

_ Te vemos clarita. Pero el hecho de que estés al lado nuestro no significa que estés de nuestro lado.

Laurence:

_ De qué lado.

Libra:

_ ¿No te das cuenta todavía?

Princesa:

_ Dejala, seguro está aturdida.

Laurence:

_ Si me necesitan para atrapar palabras yo encantada.

Libra a Princesa:

_ Qué dice.

Princesa a Libra:

_ Dejala hablar.

Laurence:

_ Que con este problema que tengo de los olvidos me entrené en buscar palabras por la casa, relaciono un objeto con lo que estaba pensando, por eso les digo que camino, salto, atrapo.

Libra a Princesa:

_ Esta mujer es caricaturesca.

Princesa a Libra:

_ Tenemos que ser astutas no enemigas, cualquier persona que ande medio zombi, podemos recuperarla para que nos ayude a liberar este lugar del que se adueñaron dos señoras que creyeron su mansión, dejándonos afuera.

Interacciones

El Plan Negro: terciopelo, seda o gabardina

A partir de ese encuentro azaroso, producto de haberme encontrado con Libra, una mujer que me hizo un lugar, sin indagar por demás y que luego ingresara Princesa Pobre que convenció a Libra de no echar a Laurence, por encontrarse desclavada de la realidad, produjo que nos viéramos de una manera atenta. Éramos cuatro contra dos o cuatro a favor de otras cosas de las que Cecyl y Matar estaban en contra.

Nos concentramos en las pupilas de cada uno de nuestros ojos y se nos ocurrió idear el Plan Negro: terciopelo, seda o gabardina.

Princesa dice:

_ Tendremos que llevarlo a cabo de noche. No hay alternativa. Porque de día ellas se pasean protegidas por dioses de cemento.

Libra a Princesa:

_ ¿Vos estás queriendo decir, que además de cumplir las cuatro, las seis, las ocho horas reglamentarias, nos quedaremos a contra turno?

Princesa:

_ Desgraciadamente, sí.

Laurence:

_ Por mi parte, no tengo problema porque vivo sola y, entre dormir aquí o allí, me da lo mismo.

Yo:

_ Pero qué vamos a hacer, exactamente.

Princesa:

_ Inventar una estrategia.

Libra a Princesa:

_ No entiendo, ¿para poder cobrar el trabajo adeudado o desplegar nuevas habilidades que no sabíamos que teníamos por la repetición eterna de un pedido?

Princesa:

_ Para las dos cosas. En el transcurso veremos si el éxito acompaña lo prohibido.

Libra:

_ Cómo haremos para evitar que se enteren los vecinos, la policía, la municipalidad.

Princesa:

_ Tenemos que percibir a qué personas les puede interesar lo que nosotras proponemos.

Laurence:

_ Y qué ofreceremos.

Princesa:

_ De todo un poco.

Yo:

_ Y cómo obtendrán el sueldo que se les adeuda.

Princesa:

_ Vayamos paso a paso. Lo primero a definir es el tipo de plan, qué les parece, ¿terciopelo, seda o gabardina?

Las tres:

_ A qué te referís.

Princesa:

_ Si vamos a trabajar duro, resbaladas o de una manera suave.

Las tres:

_ Votemos.

Libra:

_ Yo duro no quiero porque es lo que hago todo el día desde hace, casi, una vida. Voto resbalada. Me entusiasma la oportunidad de trabajar cayéndonos, riéndonos.

Laurence:

_ Yo voto gabardina. Tener una acción específica para realizar haría que orientara mi continúa desorientación.

Yo:

_ Voto terciopelo, nunca me relacioné de una manera suave con mi entorno.

Princesa:

_ Ya me lo imaginaba, que iba a tener que desempatar. Voto terciopelo. Me hace pensar en que si estamos juntas brillaremos.

Libra:

_ ¿Y cuándo empezamos?

Princesa:

_ Hoy mismo.

Laurence:

_ ¿Y no tenías familia?

Princesa:

_ Sí, los llamaré y les explicaré.

Yo:

_ Qué les vas a decir.

Princesa:

_ La verdad.

Libra:

_ Y cómo la nombrarías.

Princesa:

_ Que este lugar nos necesita como nosotras a este lugar.

Laurence:

_ Decís eso y pienso en una plaza. ¿Se imaginan que armemos una en el techo?

Libra:

_ No es mala idea, con todas las cosas rotas que hay en el salón del fondo.

Yo:

_ ¿Me lo muestran?

Princesa:

_ Con mucho gusto pero tendrás que esperar hasta la una de la madrugada.

Ya me la imagino con luces que comienzan acá y terminan en cualquier lugar. Que las personas, siguiendo un camino, vengán a hamacar sus silencios si las perturba.

Amarillo desgastado

Una vez que culmina el horario de trabajo para no llamar la atención, nos despedimos de nuestros compañerxs, chau, nos vemos, hasta luego. Pero sabemos que, en unos instantes, comenzaremos de nuevo. Antes de realizar el plan, Libra pregunta:

_ Qué tal si lo primero que hacemos es cenar.

Y si bien Princesa contesta:

_ Ché, ni que no hubiésemos comido en todo el día, ¿justo te parece parar ahora?

Y Libra continua:

_ Sí, y se me ocurren cuatro motivos: el primero consistiría en dejar atrás la soledad; el segundo, en tener tiempo y, no como siempre pasa que en una hora tenés que encontrar un lugar para sentarte, sacar el recipiente en el que hayas llevado tu comida, destaparlo, lavar rápido la vajilla, cepillarte los dientes y sentarte otra vez; el tercero, es que si vamos a trabajar de más tenemos que comer más y el cuarto, en que comenzaríamos un plan por el final, es decir, con un brindis, un simple festejo.

Laurence acota:

_ No sé a ustedes pero a mí me conmovió.

Yo agregó:

_ La verdad es que me convenció.

Libra está por llamar por teléfono a un almacén en el que suele comprar y Princesa le saca el tubo y corta:

_ Qué hacés. Si llamás nos van a identificar. Y lo que estamos por inaugurar lo clausuraríamos por no pensar.

Libra:

_ Tenés razón, Princesa y qué comemos.

Princesa:

_ Ya se me va a ocurrir. Vamos a hacer así, hagamos un pozo común sólo por hoy, lo sostendremos en la medida que avancemos y voy a comprar yo.

Todas aceptamos la propuesta, apagamos las luces excepto un velador cubierto por un papel en el suelo y la esperamos.

Llega, entra lo más despacio que puede, colocamos de mantel varias carpetas de colores, apoyamos los vasos, la comida en el centro y comenzamos a masticar y tragar.

Una vez que terminamos, pasadas las doce de la noche, nos dirigimos, con la ayuda de una linterna que Libra guarda en el cajón de su escritorio, hacia el fondo.

Abrimos la puerta del salón de los rotos y encontramos mesas chuecas, sillas sin respaldos, patas sueltas, sobrantes de madera desvencijadas.

Laurence dice:

_ Qué depresión me da ver esto.

Libra:

_ Esto es todo lo que tenemos, el tema es cómo lo reponeremos.

Princesa:

_ Cómo, para qué, por quién, por qué.

Yo:

_ Me gusta estar con ustedes.

Libra:

_ Creía que ibas a decir me cuesta, jajaja.

Princesa:

_ Déjense de chistes. Ahora qué hacemos.

Libra:

_ Tengo entendido que las Señoras guardan mercadería a oscuras.

Princesa:

_ Cómo por ejemplo.

Libra:

_ Tarros de pintura.

Laurence:

_ A mí pintar me encanta.

Princesa:

_ Libra nos tenés que indicar cómo ir a buscarlas.

Libra:

_ Querrás decir a usurparlas, jajaja.

Princesa:

_ Dale, que no tenemos todo el día.

Libra logra abrir con una llave muy pequeña un gran armario en el que Cecyl y Matar guardan tesoros. Trae el tarro de pintura y, cuando lo abrimos, vemos que es de un amarillo desgastado.

Laurence:

_ Cómo puede ser.

Princesa:

_ Es la ineptitud. Si vos dejás algo encerrado, por más que sea brillante, lo obligás a envejecer.

Libra:

_ Lo usamos así o cómo vamos a lustrar nuestro plan.

Princesa:

_ El esmalte, en este momento, es lo de menos. Manos a la obra. Vayamos limpiando y pintando cada roto para ver cómo lo pegamos a otro y que, de esta forma, pase de ser un cachivache a ser un tobogán, por ejemplo.

Y así estuvimos de una a cuatro de la mañana sin parar hasta que, a esa hora, no dábamos más y sucias, así como estábamos, fuimos a buscar un lugar donde dormir. Encontramos al lado del salón de trabajo un espacio que, de tantas cosas, permanecía escondido. Lo barrimos, dispusimos nuestras camperas y dormimos.

Antes soñaba, desde ahora creo que no voy a acordarme más, por lo cansadas que terminamos o porque, por primera vez, estamos concentradas en plasmar en la realidad pistas que provienen de ella.

Así sentimos que metemos los pies en un charco, en el cual nos damos cuenta, que si seguimos cavando se forma una laguna cálida de la cual no queremos salir más.

Rosa chicle el cielo

Para el segundo día de trabajo terminamos cuatro juegos de plaza. Laurence realizó un tobogán, Libra un sube y baja, Princesa y yo dos hamacas. Acustizamos el espacio de trabajo con nuestras camperas para que los ruidos de martillo no se escuchen afuera. Lo que no pudimos controlar fue el sonido del armado en el techo, por más que caminemos despacio, llevemos con sigilo cada juego, el hecho de armar supone una fricción, que si fuera de día pasaría inadvertido pero, a la madrugada, se escuchan desplazamientos sobre la nada.

Y, si bien, no somos descubiertas por ninguna persona extraña al establecimiento, sí, se aproximan las criaturas de polvo:

_ Qué hacen acá, quiénes son ustedes.

Y nosotras:

_ Quiénes son ustedes, qué son, qué hacen a esta hora despiertas.

_ Vivimos aquí hace mucho tiempo.

_ Cómo puede ser, si nunca las vimos.

_ Eso no quiere decir que no existamos.

_ Cómo pueden caminar con sus zapatos de cenizas.

_ Somos de polvo y esperamos, pronto, recuperar otra materialidad.

_ Y cómo harán.

_ Cuando nos liberen.

_ ¿Son prisioneros?

_ Cautivos de la construcción de este predio.

_ ¿Quiénes los provocaron?

_ Cada una de las personas con quienes entramos en contacto.

_ Pero, acaso, ¿no pueden convivir con humanxs?

_ Sólo con humanos que quieran estar de una manera derretida.

_ Querrán decir divertida.

_ No. Si ustedes se atrevieran a mezclarse pasarían cosas de otra vida.

_ Y qué tendríamos que hacer.

_ Tomarnos de las manos.

_ Lo haremos con la condición de que no le digan a nadie lo que estamos haciendo.

_ Trato hecho.

Y entre las cuatro tomamos de la mano a cuatro criaturas de polvo y las acercamos hacia los juegos. Una vez que las ayudamos a pisar y tocar cada madera adquieren consistencia. Sus cuerpos son rosas con manchas rojas, azules y verdes. Dicen que son los colores de biromes con las que las personas dejan mensajes. Nos piden deslizarse una y otra vez por el tobogán, una y otra vez subirse al sube y baja, una y otra vez darles el primer envión para hamacarse y así estuvimos hasta que se asomaron las primeras nubes que se mimetizaron, como si fuera un chicle, con el color de sus pieles, en la gran boca del mundo.

Alfabeto verde jazmín

De ser cuatro pasamos a ser ocho, entonces, antes de seguir les pedimos a las criaturas que no se confundan, que no contamos con tiempo para jugar, que tenemos un plan que cumplir y que tendrán que ver de qué manera, liberadas, se las ingenian para ocupar su tiempo.

Frente a lo cual responden:

_ De ninguna manera. No nos pueden soltar así porque sí. No conocemos otro lugar donde ir.

Y sus respuestas a coro producen, con las nuestras, un oleaje que nos hace flotar.

Nosotras:

_ No les decimos que se vayan, pueden quedarse, cómo las vamos a echar del lugar en el que las pusieron, lo que no podemos es entretenerlas.

Ellas:

_ Por eso no hay problema, algo se nos va a ocurrir.

Y es así que, mientras intentamos analizar de qué manera iluminamos la obra de una manera que haga que las personas focalicen sus miradas donde no hay focos, a ellas se les ocurre cruzar las medianeras para traer brotes de las plantas aledañas y así es que, según sus propias palabras, “verán crecer el alfabeto verde jazmín”.

No preguntamos a qué se refieren con esa idea, simplemente, nos dejamos llevar por imágenes sueltas que se desprenden de la repetición de lo que inventaron. Podría ser futuras plantas cuyas formas imiten las letras; o que, por el contrario, sus ramas salvajes anuncien otras que no conocemos aún; o que sea el reino del silencio en el que solamente pronunciamos un sonido cuando nazcan y mueran las flores.

Mientras tanto, Princesa le pide a Libra lamparitas y Libra le responde que nunca vio que se compraran ese tipo de repuestos. Entonces Princesa le dice que tendremos que sacar las que están en uso. Y bajamos las cuatro a desenroscar las bombitas del lugar en el que están para subirlas, unirlas con los cables correspondientes y pensar qué tal se verán las piezas de madera iluminadas desde el suelo, lo cual probamos y nos sorprendemos. Hasta que Laurence pregunta:

_ Este trabajo para quién lo estamos haciendo.

Yo:

_ Seguro que no es para los ángeles.

Princesa:

_ La primera persona que se acerque será la patrona del lugar y recibirá su nombre.

Laurence:

_ Dónde terminaremos.

Princesa:

_ Eso ahora es lo de menos. Todavía tenemos mucho por decir y soñar.

Yo:

_ Desde cierta altura será un libro escrito con luces que cientos de personas abrirán y leerán a la vez.

Una pileta con agua violeta

Pasó lo que Princesa supuso iba a pasar, una de las madrugadas, mientras tomábamos un breve descanso sentadas en el techo, mirando la luna, se acercó un hombre inmenso, en un momento dado pensamos que era una sombra que condensaba la de todas las ventanas de las casas y edificios aledaños.

Pero no, era un hombre alto y robusto simplemente. Lo primero que se nos ocurrió fue escondernos pero qué sentido tenía “a esta altura del partido”, esas fueron palabras que pronunció Princesa, no sé si por cansada, fastidiada o jugada a que pasara lo peor.

Señoritas, dijo el Hombre Sombra:

_ Espero no molestarlas pero hace un tiempo que observo cómo trabajan y me pregunté si necesitaban ayuda.

Laurence dice:

_ Yo quisiera darme un baño.

Frente a lo cual todas asentimos.

Por un instante, el hombre se quedó sorprendido porque eso implicaba que nos invitara a su casa, si es que la tenía, o que inventara una excusa en ese mismo momento.

Princesa:

_ No nos haga caso, si quiere siga de largo.

Pero él quería vivir en compañía y respondió:

_ Me parece que no habrá ningún problema, puedo traer una manguera desde mi casa que está al lado y llenamos una pileta.

Libra:

_ Pero qué dice, dónde la ve.

_ Hay un tanque de agua roto cerca de sus cabezas.

Y, efectivamente, las giramos hacia atrás y vimos un recipiente averiado.

El Hombre Sombra:

_ Lo reparo y lo llenamos.

Libra:

_ Siempre quise sumergirme en el violeta.

Y Princesa a Libra:

_ Si sabés dónde esconden lo que roban, andá a buscarlo, total, ya que estamos acá por qué no nos vamos a dar otros gustos desengañados.

Libra bajó, buscó potes de témpera para que, una vez que nos diéramos una primera zambullida para limpiarnos y desagotáramos el agua sucia, volviésemos a llenarla para mezclarla con ese color.

El Hombre Sombra, una vez que cumplió lo prometido, se quedó mirándonos, por eso le preguntamos:

_ Qué tal si se mete en este sueño, luego, de hacerlo realidad.

La Sombra aceptó y se tiró de cabeza.

Lxs cinco nadamos en círculos, sumergiéndonos hasta tocar el fondo, buscamos algo y nos encontramos.

Nuestras cabezas y torsos son seres que nacen de una sola sirena.

Aroma Dorado

El Hombre Sombra quiere quedarse con nosotras, dice algo así como, “cada vez que me necesiten estaré, y como me imagino que no irán hasta donde vivo quizá convenga que me quede y listo”.

Al contemplar el trabajo realizado nos sugiere la construcción de un animal mecánico que pase por cada techo, busque, traiga y lleve pasajeros.

Nos imaginamos, por un instante, lo que semejante obra produciría a nivel barrial, institucional, emotivo. El único tema, es “podernos inspirar en alguna figura del lugar”.

Entonces digo:

_ Conozco unos gusanos que viven debajo de las baldosas del patio, sería cuestión de ir a verlos y pensar cuántos anillos los conforman, cuántos pies, cómo respiran, de qué tamaño es su garganta.

Y les muestro el fragmento en el que había acomodado las lajas que, si unx se fijaba bien, se desacomodaban y, despacio, las levantamos y los observamos.

Las criaturas:

_ Parecen deliciosos.

Nosotrxs:

_ No son para comer.

_ Es que tenemos hambre y sed.

_ Prueben los pétalos de estas flores.

Y esta situación lxs excitó, suponemos que fue el aroma que desprendieron sus cuerpos, luego de haberlos ingerido.

Libra gritó:

_ Se supone que son chicxs para eso.

Y ellas:

_ Hace una vida que estamos aquí.

Princesa:

_ Déjenlas, si no molestan.

Y, mientras que pensamos cómo expandir lo diminuto, imitar seres vivientes con chapas, palancas y motores, las criaturas copulan, batiendo sus extremidades en el aire, como si fueran insectos.

Laurence:

_ De todo esto presiento algo bueno.

Libra:

_ Esperemos que nunca nos descubran.

Hombre Sombra:

_ Si les pasara algo podrían venir conmigo.

Princesa:

_ Nosotras tenemos dónde ir pero queremos quedarnos.

Laurence:

_ Más que un gusano inventaría una enorme babosa rosa que traspasara cada oficina dejando rastros, haciendo ruido, de besos clausurados.

Trampa Naranja

Pero ocurre que el sol sale más temprano de lo habitual y la claridad provoca que ingresen Matar y Cecyl. Una se pasea con un pañuelo negro en el pelo y la otra con anteojos de sol. Nos dirigimos atrás de una pared y observamos que, en cambio de ir hacia sus habitáculos, vienen hacia nosotros.

Cecyl a Matar:

- _ Qué pasó, qué es todo esto.
- _ Estas veredas no son la verdad.
- _ Y qué te parecen que son, entonces.
- _ La mentira porque las baldosas salidas son un trabajo que, por algún motivo, se desacomodó.
- _ La primera palabra que se me cruza por la cabeza es correr.
- _ Imposible en este barro. Lo mejor será creer que alguien podrá ordenar y limpiarlo.
- _ Y, desde cuándo te importa eso.
- _ Desde siempre, las instalaciones tienen que estar óptimas aunque nadie las use.
- _ De esa manera es como llegamos a este problema.
- _ El tema es quién lo hizo, si llamamos o no a la policía científica.
- _ Por qué decís eso.
- _ ¿No te detuviste en los cadáveres que hay alrededor? Sacate los anteojos.
- _ Qué significa esta asquerosidad.
- _ Son animales. El mismo sujeto que levantó su hábitat produjo la falta de alimento, el susto, la asfixia.
- _ Eso es y, si no fue una persona, probablemente, haya sido un animal.
- _ Tendríamos que agacharnos para investigar si están intactos o mordidos.
- _ Ni loca, me desmayo.
- _ ¿Te asusta?
- _ La muerte no, estos bichos parecen helados gigantes aplastados contra el piso.
- _ ¿Te dan miedo los desperdicios?
- _ Lo que podría haber tenido otro destino.
- _ Ah, es eso. El tuyo. Por qué no pensás en qué decisión tomaremos sobre nuestro patio.
- _ Hagamos así, sino perderíamos un tiempo bárbaro, más que llamar a otrxs, lo cual implicaría esperar, por qué no hacemos una trampa.
- _ Para quiénes.
- _ En principio para descartar que no sea un perro, una paloma, un gato abandonado. Los mezclaremos con comida.
- _ Pero no creo que ninguno de ellos mate a un gusano.
- _ Podrido, como está, lo tendremos que comprobar.
- _ Si así fuera tendríamos más muertos. Qué ganás con eso.
- _ La repetición de la vida de esta institución. Saber quién hizo lo que hizo. Traé carne del congelador que, con este sol, se deshelerá enseguida, hasta quedar cocida, naranja.

“Azul mecánico”

Dice Princesa, mi padre llegó a llenar casi toda la casa de esa basura buena. Porque la hay. Aunque parezca mentira. Hay deshechos que nutren. Deshechos que alegran. Deshechos que aglutinan. Deshechos que no manchan como el aceite. Mi padre, repite Princesa, era un loco de los autos que nunca pudo tener, entonces coleccionaba chatarra, *chotarra*, repetíamos con mi hermano, en alusión a que su manejo no nos parecía del todo claro. Que él sabía dónde encontrar pese a que no nos enteráramos si era de una mala manera. Decía choques como si los deseara, fueran un propósito para hacerse de algo que no tenía pero que le correspondía, entonces, vivía pendiente de esos lugares en los que se acumulan preguntas y, en cambio de esperar a que algo o alguien dictaminara, se metía dentro sin que lo vieran para formar parte de un patrimonio sin nombre. El cementerio de volantes rotos. Capots desvencijados. Uñas en los parabrisas. Cortaba, sacaba y traía esa humedad.

Cuando era chica pensaba que las lágrimas podían congelarse y perdurar, le preguntaba, ché papi, qué es todo esto y, él me corregía, quiénes son, querrás decir. Son personas, Princesa, que no llegaron a vivir un fin, yo voy y las ayudo. Pienso en las cantidades de fines que hubiesen querido vivir quienes chocaron.

Y a Princesa le daba miedo ese espejo a costa de otros, en el que igual se veía de cuerpo entero, no dejaba de reflejar vidas cortadas, que no sabía muy bien si habían pasado, si pasaban por su casa o le iban a pasar.

Entonces Laurence interviene en el pasadizo de palabras que usa Princesa para protegerse y dice:

_ Me da impresión lo que contás.

Y, a esta afirmación, le sigue Libra:

_ Impresión te tendría que dar Princesa cuando era niña y esperaba que su padre viniera con algo de regalo.

El Hombre Sombra:

_ No creo que a una niña la hubiera puesto contenta ver algo roto, vencido, desvencijado.

Yo:

_ O, al contrario, los niños llevan la corriente de las cosas y la gente.

Libra:

_ Si hubiera sido tu madre te hubiera tapado los ojos.

Laurence:

_ No hagas que una mujer pierda el amor por una persona porque lo que se va no vuelve así no más.

Yo:

_ Querida, qué quisieras hacer con todo esto.

Princesa: La verdad es que no sé. Me gustaría que la verdad se pronunciara de otra manera que no sea destartalada. Pero qué es. Cómo saberla.

Libra:

_ Sos vos, un cielo azul de metal con agujeros perforados por la voz de tu padre.

Princesa:

_ No quiero ver para atrás sino sólo robar lo que nos sirva.

Roja Represión Experimentación

Hace diez días que estamos aquí dentro llevándonos bien, quizá consista en tener algo para hacer solo o con otrxs, chico o grande, complejo o simple, algo que atraviesa nuestra concentración y hace que se dispare en cientos de flechas.

Hombre Sombra trae comida, ya tenemos una manera de bañarnos y entendemos que este lío, en el que nos metimos, supervisa la realidad alegrándola.

Él dice que, aunque visualicemos chatarra que no sea verde gusano, podremos hacer un tren de muchos colores. Que nos llevará el tiempo que precisemos en convencer a cada persona que pregunte o quiera probarlo de que, antes, nos ayude a realizarlo. Y organizamos la producción de esta manera: él trae lo que nadie quiere más, nosotras en la plaza inventada, cerca de la luz que se proyecta desde el piso, damos golpes suaves con martillo para enderezar lo que está abollado, quebrado o desunido. Luego, entre todxs, incluyendo a las criaturas, montamos una parte con la otra, gracias a que clavamos, intercalando frazadas que, Hombre Sombra trajo de su casa, para que los golpes nos abriguen, en vez de, delatarnos.

Así sucesivamente, fue encontrando hombres, mujeres, perros y niñxs noctámbulos, a cada unx le propuso ser parte de esta contra institución, institución fantasma o pesadilla estructural que vive en los techos. Los primeros en acceder fueron los vecinos que, hace más de cuarenta o cincuenta años atrás, vieron cómo jugaban sus hijxs. Dicen, “es volver a nacer tener herramientas en las manos”; eso sí, pide Princesa, de esta algarabía, ninguna de las personas que trabajan aquí durante el día se pueden enterar sino miren lo que pasó allí abajo.

Y de ser cuatro pasamos a ser diez y cuando estamos en el patio en el que las mismas personas, que vivieron al lado, dicen nunca haber escuchado ni un gemido, ronquido, grito, ni un silbido, quedan espantadas. Como si el silencio fuese el verdadero peligro y miran cómo, a partir de la venganza de las Señoras, quedaron muertos los animales que osaron comer la carne mezclada con gusanos. Uno pregunta:

_ Pero no se entiende, si ustedes vieron cuando estaban tramando todo esto, por qué no hicieron nada al respecto.

Libra:

_ Porque no nos dieron tiempo. Las muy cretinas se quedaron detrás del vidrio de la puerta del patio para observar la descomposición.

_ ¿Y, no podían arrastrarse hasta sacar esos montículos de sol podrido?

Laurence:

_ No.

Yo:

_ A veces, es muy difícil pero hay que evaluar y cuantificar la muerte. Por eso, frente a su represión lo único en que pensamos fue en la experimentación.

Princesa:

_ Nunca hubiésemos querido que sea roja. Hubiéramos preferido que no hubiese un color.

Hombre Sombra:

_ Yo propongo que no limpiemos lo que les salió mal y volvamos arriba que es otra historia y hay mucho por idear, hacer, recalcular.

Princesa:

_ Me dan una lástima bárbara pero por fin este patio manifiesta la tumba que fue.

Contradicción plateada

Si bien nos bañamos con asiduidad no nos cambiamos de ropa. Por tal motivo, tomamos un día libre para lavarla y volvérsela a poner.

Libra dice:

_ Yo no quiero quedarme desnuda delante de personas que quiero pero no conozco.

Entonces Laurence acota:

_ Creo que lo mejor será que busquemos una resma de hojas en la planta baja y que con ellas, una plasticola y una abrochadora nos hagamos ropa hasta que se seque la nuestra.

Princesa dice:

_ Me parece una buena idea, vayan ustedes mientras que le pido a Hombre Sombra que nos facilite jabón.

_ Y vamos con Laurence y Libra a buscarlas.

A las personas que se habían acercado para ayudarnos les pedimos que volvieran, una vez que nos vieran desde sus ventanas o terrazas retomar el trabajo de la construcción.

Princesa se hizo una bikini, Laurence una túnica hasta los pies, Libra un pantalón y una remera y yo un saco que me llega a las rodillas.

Lavamos nuestra ropa y la tendemos sobre los juegos de plaza.

Después miramos la luna que, según Princesa, es una contradicción plateada.

Libra pregunta:

_ Por qué.

Princesa:

_ Porque como cualquier otra cosa tiene dos caras.

Laurence:

_ O dos plantas como este lugar.

Yo:

_ Nosotras tuvimos que subir para conquistar un momento del día.

Princesa:

_ Dejar de sentir la orfandad.

Libra:

_ O la comodidad según las personas que vienen, desde vaya a saber cuánto tiempo.

Laurence:

_ Sin cobrar.

Yo:

_ Y sin chistar.

Princesa:

_ Este paraíso tiene ese asunto pendiente. El día que demos a conocer esta locura tendrán que estar los carriles tendidos, el tren en movimiento y nosotras atentas a cobrar los boletos. Aunque quizá no haga falta sino planear un cuadro de doble entrada y salida con invitaciones de necesidades y caprichos recíprocos por vivir y concretar.

Celestes vertientes. Indagar

Lo fortuito. Cientos de ventanas en torres de edificio sin haberlas buscado están. Producimos respuestas estando quietos. Princesa dice, allí una persona nos muestra la cabecita de su mascota, es un gato negro, con un círculo blanco entorno a los ojos, de un pelaje fino, ese detalle no podríamos precisarlo a la distancia, si lo quisiéramos deberíamos llegar hasta el borde de la ventana. Ahora, qué sentido tendría acercarnos para comprobar.

Libra, parada en la plaza observa otra ventana desde la que nos muestran una foto de una persona. Entonces, Princesa se pregunta si nos la muestra porque esa persona está viva o porque murió y qué significaría compartir un dolor. Libra no está segura de lo que quisiera preguntar y, simplemente, comenta que quizá el hecho de actuar sea dejar de especular y que se detenga el tiempo en algo que dos personas se ofrecen.

Laurence distingue un eslabón como si fuera el hijo de una planta mayor. Acercarnos para darnos gajos de seres vivos quizá contribuya a una permanente vía de oxigenación.

Y yo digo, quizá no haga falta mostrar para que otrx interprete una señal sino decodificar las ventanas cerradas, vidrios empañados en los que quedan la exhalación de las palabras habladas o no dichas.

Princesa prosigue, quizá sea cuestión de unir lo que dice una con lo que dice la otra sin que pensemos en una cadena. Evitándola. Diagramemos vías que soporten nuestro peso. Libra continúa, a una determinada altura.

Yo, una vez que lleguemos a ver lo que se nos ofrece propongo que el encuentro sea breve.

Princesa dice, exacto. No podemos cargar, espiritualmente hablando, con historias que no nos pertenecen. Nuestro plan será un destello. Ascendemos, nos regalamos algo y descendemos. Un sistema de frutas, fantasías, verduras, recuerdos, ropa y sueños.

Libra, donde llegamos me hace acordar a un cuadro que tenía mi madre colgado en la cabecera de su cama, con un marco dorado y una tela pintada con óleo que reproducía un jarrón con flores que el pintor, en cambio de disponer sobre una mesa dentro de la casa, olvidó en la puerta de entrada y dejó bajo de la lluvia. La pendiente del agua sobre las formas establecidas las deforma y me hacía pensar que nunca se sabe la duración de dios.

“Líneas blancas baratas”

Pronuncié ni bien se vieron las primeras nubes blancas sobre el cielo celeste que habíamos indagado durante la noche.

Y Princesa se opuso a lo que me había salido del alma:

- _ No, habíamos quedado en otra cosa. Un paisaje en que no existiera el dinero.
- _ Fue una forma de decir, cuando las vi, lo primero que se me vino a la cabeza.
- _ Entiendo pero ya no podemos volver hacia atrás. Los rieles son hacia adelante.
- _ Podría haber dicho melón, goma de borrar, cualquier cosa, no te lo tomes a pecho.
- _ No es contra vos, es contra tus palabras. Pese a que nunca te había visto en mi vida te aprecio.

Libra:

- _ Ella está acá desde hace años, sólo que el régimen de la institución de día no nos permitió conocernos.

Princesa:

- _ De todas formas, tenemos que ser muy cuidadosas.

Libra:

- _ Cualquier palabra se escapa de la boca.

Yo:

- _ No lo hice para ofenderte tengamos confianza para decir cosas irrealizables.

Princesa:

- _ Ese es el problema, perdóname, cuál era tu nombre.
- _ Preferiría que me llamen por el nombre de una fruta, puede ser manzana, naranja o frutilla, la verdad es que no quiero acordarme de quién fui.
- _ Como quieras. El tema es que estamos muy avanzadas en lo que, no sé si coincidirán conmigo, es una verdadera hazaña.

Libra:

- _ En eso te doy la razón.
- _ Ya hace mucho que pasamos a la acción de una contraprestación que será iluminada por las estrellas verdaderas.

Laurence:

- _ A mí me parece que, un régimen político de estas características, precisaría que delimitáramos días de júbilo, de no hacer nada.

Princesa:

- _ Es que si mezclamos cualquier palabra no sabemos qué hacemos, para qué estamos, a qué vinimos. El sistema de invitaciones de doble entrada, justamente, contempla, un tiempo y un espacio para estar, por un lado, sentadas en viaje y, por el otro, contemplar el borde de las cosas.
- _ Pero por ahí queremos estar echadas en la cama, en un parque, mirando una película o haciendo el amor.
- _ Para eso tenemos que pensar un espacio propio.

Yo:

- _ En qué consistiría la intimidad en la nocturnidad colectiva.

Princesa:

_ En mi opinión, tenemos que ir paso a paso para no caer como mosquitas en una telaraña hecha de palabras que una dice por decir.

Marrones bemoles

Así nos enfocamos en el diseño azaroso de las vías por las que pasará el capricho mecánico conectando ventanas, gracias a la compañía del Hombre Sombra, el trabajo incansable de cada persona que se acercó y aceptó a las criaturas, en su condición de guías que circunscriben un lugar hermoso en una horrible institución.

Y, justo cuando nos disponemos a probar lo que será la primera vuelta, a partir de la señal de una persona que tenemos que ser capaces de identificar en la distancia, sin largavista ni nada, aparecen los marrones bemoles, que son nuestros compañerxs a los que hace mucho que no vemos, vienen con camperas desgastadas por sucesivos otoños y sus pasos de quejidos de animales heridos.

Guita:

_ Qué se supone que es todo este ocultamiento.

Princesa:

_ Nadie quiso mentir sobre lo que ya está hecho.

Gato:

_ Podrían habérselo compartido. Creía que éramos un partido.

Libra:

_ Justamente, cada uno por su lado, nadie quiso culparlos pero, de un día para el otro, actuamos sin plan, dejándonos llevar, sabiendo que él iba a llegar.

Rey:

_ ¿Él? desde cuándo, a través de un pronombre personal, las palabras le obedecen a una sola persona.

Yo:

_ Es una forma de decir. El plan está compuesto de una serie de premisas que penamos entre todas.

Guita:

_ ¿Penamos o pensaron?

Princesa:

_ Guita no te pongas así, dice penamos, porque esta construcción funciona en un descampado en el que intentamos resguardarnos.

Gato:

_ Y cómo se supone que van a seguir.

Laurence:

_ Gatito, mirá quiénes vienen a saludarte. ¿Conocías a estas figuras?

Gato:

_ Por supuesto, qué gusto me da verlas.

Laurence:

_ Conformate con que te hayan extrañado.

Rey:

_ No me queda claro el funcionamiento de esta mentira.

Princesa:

_ No te confundas Rey, que no te hayamos invitado no significa que no sea un descubrimiento que nosotras asumimos.

Yo:

_ Nadie quiso que se quedaran afuera.

Guita:

_ No parece.

Princesa:

_ No aparecieron cuando tomamos la decisión pero si quieren quedarse, ahora, no hay problema.

Rey:

_ El problema está en que como no entendemos lo que hicieron, con cuál fin, por qué, qué sentido tendría oficiar de sereno en semejante lío. Yo no tengo rencor, quería enfrentar los dichos y me las pico.

Gato:

_ Por la única razón que me quedaría acampando con ustedes es por mis criaturas.

Libra:

_ No es un acampe es un trabajo. ¿No les gustaría recorrer?

Y Guita:

_ Sí, la verdad es que tu falta de compromiso conmigo, Princesa, me da curiosidad.

Princesa:

_ Rey, antes de irte qué tal si te subís con nosotrxs y damos una vuelta.

Laurence:

_ Podría ser una linda despedida que visiten nuestras horas internas.

Yo:

_ ¿Estamos listos?

Hombre Sombra:

_ Por supuesto.

Y, a la cuenta de diez, cada uno miró alrededor los edificios así identificábamos una señal hacia la cual dirigirnos.

Los marrones bemoles dijeron que íbamos a parecer insectos que aletean en el aire un buen tiempo hasta clavar el aguijón en un cuerpo y Princesa, si bien se rió, dijo que este proyecto no tenía nada que ver con el dolor. Y Rey dijo que era un chiste, que no se lo tomara tan en serio. Y Gato que es un hombre con ojos intraducibles, advirtió:

_ Allí veo un vidrio roto con la forma de un corazón. No sé si habrá alguien abajo o del otro lado pero sería cuestión de ir y ver qué le pasa. Y las criaturas se volvieron, frente a su presencia, pequeñas y le enroscaron el cuello como si fueran una bufanda, la que él les había prometido aquella vez, pero ésta era una humana. Y cuando el Hombre Sombra sopló un silbato nos dirigimos hacia la primera parada después de estar mucho tiempo muertos, a ver de qué se trataba el galpón que alguien, algún día, había atravesado con una piedra. Eso nos llamaba la atención: La furia y el amor.

Puntos sueltos de la Formación

Oponer resistencia es una forma de interesarse por lxs demás

Y, una vez que habíamos alcanzado en el aire la plena seguridad, escuchamos un grito a través de un megáfono interestelar y, en seguida, nos dimos cuenta de que era Adán. Lejos de volver, seguimos volando en el aire gracias a este invento que nos provoca un mareo especial. No es como el de estar borracha, ni uno provocado por un problema de audición, ni neurológico ni anímico, es una especie de transición entre un estado y otro. El movimiento no es lento ni rápido, se asemeja al hecho de caminar, llegar a un punto que, a su vez, da la posibilidad de un impulso para seguir más y más pero con una conciencia expansiva porque nuestro plan se basa en estar atentos a las señales que no controlamos y acercarnos a ellas sin temor a caer.

Adán continúa su grito infinito de reproche como si no le bastara tener salud, dinero y la posibilidad de enamorarse. Su falta de interés es lo que envidia de los demás y, en cambio de dejarse llevar o aprender otro destino, se violenta porque, de ese modo, desobedecería su propia imagen. Entonces lo dejamos ahí donde está o deberíamos bajar para instruirlo. Pero esa acción iría en contra de lo que proponemos. Si por lo menos nos mostrara algo que nos dieran ganas de ir hacia él que no sea una amenaza, iríamos.

Hasta que vemos que su grito atraviesa el vidrio con forma de corazón y se produce una iluminación compuesta por cosas rotas. A través del juego de luces y sombras cada uno cree que ingresa a un universo, en el que logra decodificar las estrategias de supervivencia de un solitario. Es, en ese momento, que planificamos el descenso de lo que, por ahora, se constituye en dos carriles, uno de ida y otro de vuelta.

Desde los veinte metros de altura la institución se ve como una maqueta, el prototipo que cualquier estudiante de ingeniería presenta para ser aprobado por un profesor, con la diferencia que la presenta frente a nosotros y la desaprobamos por la falta de paredes que sostengan el techo que es en el que pasan las cosas que nos importan ahora.

Libra dice, desde aquí Adán parece el personaje de un libro vacío; Laurence, el palo de una carcasa que une pliegos de hojas sin imprimir; Yo, qué pasará al enfrentarnos; Princesa, son sus vicios los que pueden salvarlo; Gato, sus manos, los sonidos, sus regurgitaciones; Rey, dejar que los elementos de los cuales se empeña, sueñen por él, por ejemplo, una botella de agua a temperatura ambiente. Hombre Sombra asegura que, a cierta distancia, negarnos a realizar lo que quiere constituye un modo de quererlo entender.

Agujerear el techo para dejar entrar las flores que no están

A un metro de altura la cabeza de Adán se convierte en una flor que traspasó el techo de la institución y nos permite tener algo que no existía porque no lo veíamos.

Ni bien aterrizamos del primer viaje, grita de nuevo:

_ Vengan, salgan ahora, que aquí llegaron los disfrazados.

Y se aproximan de manera sigilosa Cecyl y Matar:

_ Qué hacen acá.

Nosotrxs:

_ Les damos la bienvenida a la sorpresa.

_ ¿No les da vergüenza estar disfrazados con palabras?

_ Para nada.

_ Este comportamiento tendrá consecuencias muy importantes. Ya lo saben.

_ Lo intuimos. Pero nada de lo que parece, es.

_ Cómo.

_ Piensen en las nubes que dibujan una cosa y no son las cosas mismas.

_ No nos tomen por idiotas. No se comporten como niñxs que para ellxs trabajamos sin cansarnos.

_ Ese es el problema. Con ustedes pasa como con las ellas. Nos hacen creer en un dibujo que no tiene conciencia de sí mismo, entonces, repiten una ilusión que nos hunde.

_ Hay una persona que no es parte del staff, se puede saber de dónde salió.

_ Todas trabajamos, quizá no recuerde su nombre, su cara, su rol.

_ Eso es imposible. Ya mismo, quiero que repita su nombre porque labraremos un acta.

_ Dónde se vio que una persona que podría vestir a las plantas con sus vestidos viejos anule el trabajo realizado.

_ Una cosa es abajo, a la vista de todo el personal, otra muy distinta, es arriba, a escondidas. Son unos traidores.

_ Ustedes hagan lo que tengan que hacer, nosotrxs haremos lo nuestro.

_ En este mismo momento lxs suspendo.

_ Esa frase tendría sentido si salimos nuevamente.

_ Y cómo se supone que funciona lo que armaron.

Y, como no identificamos señales desde ninguna ventana, señalamos una nube con la forma de tres cuchillos cortando un pastel.

Mientras Adán, Matar y Cecyl ingresaban al establecimiento en busca de represalias, volvemos a subir para contabilizar el tiempo que dura la sensación de estar en contacto con una imagen que es y no es lo que ves.

Envases de plástico transparente dejan transparentar que, a veces, se hace lo que deben hacer los demás

Mientras imaginamos lo que haría Adán dentro de su rutina, aplastando contra mesas y sillas envases de plástico, que dejaría abollados por ahí, a la espera de que se acercara Portal o la Mujer Bienvenida que juntaban sus violencias y las tiraban al tacho, pensamos que con ellas tenemos una deuda, quienes quizá reflejan sus rostros en esos materiales transparentes y piensan que lo que hacen significa hacer de más, en una cadena que perpetúa que unos se desquiten y otras recojan la basura.

Entonces, pensamos en un mecanismo que fuera audible para con ellas e inaudible para las fuerzas de seguridad que probablemente estarían en camino.

Princesa:

_ Vamos a delimitar lo que queremos resaltar.

Hombre Sombra:

_ Voy a escribirte así te capto.

Libra:

_ Cómo relacionás el plan con nuestras no invitadas que queremos convocar.

Laurence:

_ Dejémosla hablar.

Princesa:

_ Tenemos que conectar con la voz tres puntos cardinales.

Las criaturas:

_ ¿Como un pentagrama?

Princesa:

_ Exacto. Una evocación de múltiples habilidades. Componer, escuchar, apreciar.

Laurence:

_ Y cómo se supone que ellas formarán parte.

Princesa:

_ Desde donde están, se sabrán invitadas a ingresar como si fuera una función teatral, a alguna casa en la que nos inviten a un intercambio.

Las criaturas:

_ Ahí, una vela, un mantel, una fuente con papas y pollo.

Y cuando llegamos al borde de unas las ventanas no sentimos el precipicio sino una disposición de objetos que esperaban ser tocados y usados. Una persona que cocinó para toda su familia hasta que sus hijos se independizaron y su marido murió.

Princesa:

_ Es lo que llamo la opulencia destartalada.

Y la persona que nos esperó no entiende a qué se refiere pero no pregunta y aun así, como Princesa observa su desconcierto, lo explica:

_ Es como si el corazón fuera un reloj con miles de tuercas y que, en cambio de irrigar hacia las mismas partes que lo conforman, se quedara en uno, dos o tres senderos.

Señora Destello:

_ No entiendo mucho su explicación pero me pregunto si la comida está rica.

Y mientras a cambio le presentamos a sus nuevas amigas, Portal y Mujer Bienvenida, se hace un silencio en el que saboreamos coincidencias.

Desclasificación

Me parece justo, dice Princesa, que cada unx de lxs que estamos aquí, expresemos los puntos de un plan que no nos haga volver a punto muerto. Quién quiere comenzar, pregunta.

Y la que se anima es Libra que, justo desde la altura en la que estamos, ve ingresar a Portal y, pide a medida que hable, voy a precisar que todxs resaltemos las palabras para que lleguen hasta el ingreso de la jornada laboral.

El primero consistirá en la Desclasificación, repitan conmigo, para que la intensidad alumbre una mañana distinta hacia donde están sentadas nuestras compañeras de trabajo.

Y a coro repetimos:

El primer principio será el de Desclasificación, repitan conmigo, para que la intensidad alumbre una mañana distinta hacia donde están sentadas nuestras compañeras de trabajo.

Que consiste en desordenar el contenido de cada caja y carpeta, hasta el momento, archivada.

Y a coro repetimos:

Que consiste en desordenar el contenido de cada caja y carpeta, hasta el momento, archivada.

Esta mezcla provocará suspiros de las mismas hojas sueltas a otro tiempo.

Y a coro repetimos:

Esta mezcla provocará suspiros de las mismas hojas sueltas a otro tiempo.

Luego, vendrá el choque, la danza, el simple deslizamiento que producirá el acercamiento de una cosa con la otra.

Y a coro repetimos:

Luego, vendrá el choque, la danza, el simple deslizamiento que producirá el acercamiento de una cosa con la otra.

Por ejemplo, las hojas que están debajo de todas las demás entrarán en contacto con la planta recién dispuesta sobre el escritorio, con un cuchillo, el anillo de una mano inalcanzable.

Y a coro repetimos:

Por ejemplo, las hojas que están debajo de todas las demás entrarán en contacto con la planta recién dispuesta sobre el escritorio, con un cuchillo, el anillo de una mano inalcanzable.

De esta manera, propiciaremos un estado de conexión, desconexión o inconexión entre elementos cuya materia se desconoce.

Y a coro repetimos:

De esta manera, propiciaremos un estado de conexión, desconexión o inconexión entre elementos cuya materia se desconoce.

La bruma ingresará por la ventana hasta que tengamos que fregarnos los ojos, quitarnos de encima las acciones repetidas de toda una vida e identificar lo que queramos hacer que nunca hayamos hecho.

Y a coro repetimos:

La bruma ingresará por la ventana hasta que tengamos que fregarnos los ojos, quitarnos de encima las acciones repetidas de toda una vida e identificar lo que queremos hacer que nunca hayamos hecho.

Conservaciones Conversaciones

El coro crea un eco artificial que llega a oídos de Portal y Bienvenida y ellas, como saben que sus voces no llegarán a los oídos de un animal mecánico que, a su vez contiene en suspensión el futuro de la institución en la mente de sus pasajeros, optan por robar papeles sueltos que quedan en las oficinas y preparan palabras para que sean leídas desde el cielo.

Entre ellas charlan:

- _ Escribí conserva.
- _ Pienso en una cebolla, un ají, una berenjena, un zapallo.
- _ Algo rico y guardado en un frasco.
- _ Podría ser cualquier palabra que alimenta una función.
- _ En este caso una tarea destapada por nosotras.
- _ Hay que hacer mucha fuerza para desenroscar las tapas.
- _ Pero saldrán de donde sea con tal de ver volcarse un jugo.
- _ Agrio o dulce.
- _ Las manos que giran en sentido contrario al cierre, al vacío, crean una invitación a la conversación.
- _ Aceitunas, paté, mermelada.
- _ Diez dedos en el aire son un centro de tentación que conjuga pronunciación y sabor.
- _ Nada que ver con esta sequedad en la boca cerrada durante la marcha laboral.
- _ Gotas de saliva aquietadas.
- _ Que repiten un recorrido.
- _ Elijamos las que les mostraremos para que sepan que entendemos lo que hicieron.
- _ No basta. Tenemos que extendernos.
- _ ¿Decís de abollar nuestros pensamientos y lanzarlos con una gomera?
- _ Es una buena idea.
- _ Manteca.
- _ Frutillas.
- _ Pescado.
- _ Duraznos.
- _ En una gran mesa.
- _ En la que cada uno deja lo que lleva.
- _ No nos cansaríamos de probar.
- _ Ni de charlar.
- _ Una acción que nace de las previas.
- _ Nos pasa por no tender un mantel que atravesase el patio.
- _ Tengo uno naranja con flores blancas, verdes, coloradas.
- _ A la hora del descanso, en vez de estar cada uno escondido detrás de un recipiente individual, mostraríamos la lengua y los dientes, sentados en el cemento como si fuera pasto, de manera intermitente.
- _ Cuando una come la otra charla y al revés.
- _ Es tan sencillo el apetito.
- _ Ver cientos de surcos de almíbar por los que navegan barcos de certezas.

Anestesia: Mente. Híper excitación: mano

Laurence, desde un asiento que apenas se balancea, sugiere que un nuevo principio tendría que basarse en un punto que oscile, tantas veces, como lo hace un colibrí en el aire, entre la mente que deja de pensar y las manos que lo hacen por ella. Encontrar la vibración de una razón.

Como por ejemplo, seguramente, en este mismo momento Cecyl y Matar, en vez de entender lo que ocurre se apresuran en cruzar una herida, profundizándola, sin importarles quedar manchadas.

En este momento deben estar apretando teclas, discando números, pidiendo con una voz suave lo que en sus venas es una urgencia, el establecimiento que representan fue tomado por personas sin armas que armaron un lugar trabajo y esparcimiento, al mismo tiempo, puesto que no sólo descansan y se hamacan bajo la luz de la luna sino que, a su vez, crearon un medio de transporte capaz de unir dos energías recíprocas.

Y nosotrxs sabemos que un medio de transporte una vez que arranca cómo se para.

Acaso, ¿Cecyl querría suicidarse o Matar querría matarse por algo que comenzó cerca de donde se encontraban sus ojos y manos?

Nuestra confianza se basa en miles de retratos de personas que parecen muñecas con discos rayados. Queremos escuchar las voces que fuimos con las que somos ahora, componer la arritmia de una utopía que evoca distintas palabras: camillas, pupitres, mosquiteros, lapiceros, rollos de cartulina, estufas, silbatos, portafolios, termómetros, estetoscopios, viandas, fila, familia, receta, número, amonestación, reloj con algo que no se sabe: senderos.

Y, en vez de pensar, pintaríamos para reflejar, recordar, inventar.

No como las autoridades que se agarran a los tubos de teléfono, pistolas de plástico:

- _ Pásennos la dirección.
- _ ¿La antigua ligustrina municipal?
- _ Qué lío ese baldío.
- _ Construcciones destruidas desde el principio.
- _ Miles de partículas que conforman la tierra.
- _ Se volatilizan hasta ensuciar el aire que se precisa para hablar.
- _ Lleno de huellas deben haber dejado lxs escapadxs.
- _ No se preocupen que ya vamos para allá.

Creemos que contestan los oficiales que vienen a intimidar los puntos, a los que todavía no llegamos entre el funcionamiento del cerebro y las manos, algo que no sea una ejecución inmediata, tiene que haber.

Refundación de datos sensibles: ni tiempo ni dinero ni cariño

Las criaturas no viajan con nosotros, después de años de permanecer arrumbadas en una de las salas de la institución y salir al aire libre, recobraron un cuerpo distinto a las de las demás personas. Son mitad humanos mitad polvo de colores entonces pueden caminar y volar.

Princesa las llama ángeles de la guarda pero, cada vez que las menciona de este modo, Hombre Sombra le hace sombra y le dice que son fantasías que estuvieron guardadas por mucho tiempo y que no pretende humanizar un proceso que consistió en la deshumanización sino que prefiere las identidades cercanas a las lejanas. Que si dice ángeles pareciera que el perdón es el paraíso y él cree que paraíso es un disfraz ajustado que, una vez que unx logró ponérselo, se comporta como si no hubiera habido esfuerzo. Y que, en cambio de ayudarnos a quitárnoslo, nos hace pensar que vale la pena vivir, unos al lado de lxs otrxs, como si nos faltara el aire.

Princesa:

- _ Sabés que no me refiero a eso.
- _ Es raro que Gato no haya dicho nada o que ellas, por sus propios medios o con su ayuda, no se hayan escapado.
- _ Si las hubiera visto antes, seguro, las liberaba.
- _ Y dónde iban a ir. ¿A dar vueltas por la calle? Por lo menos acá la claridad culminaba en una oscuridad conocida.
- _ Las veo ahora con lo poco que hablan.
- _ Se ve que no lo necesitan o no tanto como nosotros.
- _ Juntas forman un corazón de agua parecida a una fuente sin peces.
- _ La ebullición de los chorros.
- _ La fuerza de un motor que permanece escondido.
- _ Como su dolor.
- _ A veces, les estoy por preguntar algo y me callo.
- _ ¿Podríamos adoptarlas si quisieran?
- _ Yo las quiero pero no quiero llevarme a nadie a casa porque dejé de tener. Desde que estoy acá me olvidé dónde vivía, con quién, cómo estaba constituida.
- _ Hicimos de un hogar una transportación o de un medio de transporte la manera de dejar de tener miedo.
- _ Habría que enhebrar necesidades con personas.
- _ Seguís pensando superficialmente el movimiento que hacen para sobrevivir.
- _ El dinero son los menudos de un pollo, el tiempo cáscaras de banana, el cariño nubes de algodón con las se quitaron el maquillaje.
- _ No pensemos en desquites.
- _ Sigamos armando en este techo una plaza, un salón de patinaje, un balneario, una pista de despegue y aterrizaje.
- _ Si no nos piden nada.
- _ Porque nunca lo tuvieron.
- _ O porque ya están entre nosotrxs deja de estar escondido lo que era real.

Un material que no oponga resistencia

Si abro los ojos veo miles más, aunque no estén, están. Por eso para descansar los cierro y me concentro en un punto oscuro que es la pupila de todas las personas que trabajan acá. Llegué a este lugar en busca de un material que no opusiera resistencia, una hoja gruesa que contiene el peso de un cuerpo cargado con gotas de agua.

La profesión que tengo no viene al caso, qué diferencia existe entre ser detective, periodista, investigadora o poeta, habría preguntas.

Nunca pensé que me iba a quedar tantos años, que al cabo de terminar un dibujo, lo iba a borrar para volver a retratar cualquier cosa que me llamara la atención, frente al freno de lo que estaba viviendo.

Pero lo que pasó aquí, que hasta cambié mi identidad, porque ninguna persona sabe que no soy la persona que Libra dijo que era, es una imagen definitiva.

Ya no podré abandonar a estas compañías porque sus observaciones hacen que mi imaginación no sea un capricho. Con ellxs dejo de ser un bebé o un perro, un perro con cara de bebé o un bebé con cara de perro. Crecí desde el momento en que me incorporaron a un plan sin que supieran mi primer nombre, el que venía de antes, no sé si alguna vez tendremos oportunidad. Porque no me falta nada. Me encuentro satisfecha en el andar de una bicicleta que proyecta, desde sus bocas ruedas, palabras rayos, a la velocidad de la que el cuerpo sea capaz, indistinguibles. Es una vida paseo electrocutado, la tarea de observar lo que se manifiesta.

Pasé de estar debajo de una mesa a estar en el cielo. Le doy la espalda, sin querer, a mis recuerdos.

No creo que Cecyl, Matar y Adán puedan suspender o denunciar nuestro motor. Me pregunto cómo seguirán sin nosotros o cómo aceptarán que trabajemos de una manera lisa, a la acostumbrada, rayada-cuadrículada. Si les seremos útiles o seremos una amenaza, cómo nos matarán.

Todas las ventanas de la institución están cerradas. Tienen rejas que las atraviesan de manera vertical y horizontal. Como si fueran bocas. Las puertas son párpados que se abren, cada vez que ingresa un paciente, un estudiante o parte del personal.

De ahora en adelante, captaremos lo viviente. Pondremos de relieve climas y temperaturas frente a una construcción que tiene la cara desordenada.

Intermediarias

Guita y Princesa:

_ Todavía no me entra en la cabeza cómo me dejaste de lado. Yo que me consideraba tu mano derecha.

_ Fuiste un hermoso anillo Guita, hermoso y...

_ ¿Te molesto?

_ Como todas las joyas que decoran un cuerpo, uno se las saca a la noche y, a veces, se olvida de colocárselas al comenzar el día siguiente. No es para tanto.

_ No lo puedo tolerar. Que con estas personas, a quienes me imagino las conocés hace menos tiempo que a mí, hayas agarrado viaje y mirá dónde terminamos.

_ ¿Te gustaría que sigamos pensando cosas parecidas o antiguas?

_ Tu fuerza me descoloca. Hoy te digo que te acompaño pero mañana no sé. Allí abajo tengo una vida. ¿Vos no extrañás?

_ Si te tengo que ser sincera, no. Mi familia puede llamarme desde la ventana de mi casa aunque no sé dónde quedaba. Perdí la memoria por el esfuerzo que lleva todo esto.

_ Es un presente duro.

_ Todavía falta mucho por conectar: pensá que tenemos que estar atentas a cada señal y ver, de qué manera diseñamos las reciprocidades. Imaginate el día que un paciente nos haga ir hasta la ventana de su casa para mostrarnos cómo se deteriora su espíritu y antes, no teníamos más que palabras: ya se le va a pasar, comprendemos su incomprensión frente al trato que recibe en este acantilado pero si viniera ahora no nos reconocería. Hicimos una plaza, un medio de transporte para canjear buenos momentos y, si tuviera ganas, podríamos hamacarla para que, en vez de palabras, sintiera un mareo.

_ Tu cambio con ellas es abrupto. ¿Desde cuándo las desjerarquizás?

_ Desde esta aventura son un línea negra, como cualquier otra, un pentagrama que une puntos entre sí. Es la invención de una dimensión movilizada.

_ Al escucharte siento que veo un cuadro sin referencias.

_ Es así, exactamente.

_ Me hundo.

_ Al revés. No pienses como un maniquí duro y desnudo, intentá escuchar lo que pasa.

_ Cada detalle.

_ Sin compás. No hace falta que nos declaremos inseparables porque sufrimos un mismo desatino. Eso terminó cuando desperté.

_ Querrás decir la metáfora que hizo que me vieras durante años en tu dedo.

_ No te vi, te sentí y te olvidé, por el apuro que me causó encausar el lío en el que vivíamos. Cuando viniste pensé, qué tonta, no haberte llamado para planificar una salida que no fuese una huida o distraernos, ¡con lo que te quiero!

Sala de las biografías asomadas

Rey y Gato no se ponen de acuerdo en relación al fin o al principio que constituye el plan.

_ Yo sé que no es buen momento para un pero, pero si lo tengo lo quiero dejar por escrito, voy a sacar una lapicera y anotar las nociones que tiene cada uno desde este lugar. Tenemos que pensar en la resistencia, cuánto peso aguanta el techo. Una plaza, ya nos dimos que cuenta que sí, una pista desde la cual despegue y aterrice nuestra animalidad mecánica también. Pero me pregunto, si en un futuro, no muy lejano, quisiéramos hacer una piscina, un laberinto de ligustrinas, como algún escuché decir que había, la pregunta es física no ideal, ¿las columnas aguantan? O la imaginación se vendría abajo en menos de lo que canta un gallo, perdón por la rima.

_ Me parece bien la pregunta que hacés, por eso, pienso que más que seguir yéndonos por las nubes, cómo sería recomenzar una propuesta terrestre. Por ejemplo, en este lugar abandonado y lleno de gente a la vez, en qué consistiría crear algo útil y útil para quién. Sólo puedo pensar en las criaturas que al principio no supe qué hacer con ellas o para ellas, les di lo que podía pero, está claro, no fue suficiente. Entonces, qué les parecería si creamos donde están las oficinas salas de las biografías, que serían espacios destinados a reconocer la vida de lxs arrumbadxs. Ya sean humanxs, plantas, animales, minerales, cosas de plástico. Sería un trabajo muy grande en el que cada unx tendría que recolectar, por así decir, historias que luego tendríamos que enfrentar con otras y elegir en una asamblea, cuál exponer.

Sería comprar un anillo de oro y casarnos con la historia de la historia, de la historia de la institución, darle un lugar a un pasado que se hace presente y, enseguida se retrae, como las cabezas de las tortugas para darle lugar a las palabras de cada persona que la transita, con lo que eso implica, dejar de retener cada timbre de voz.

_ Me parece que estamos hablando de bajar sin pretender armar dos bandos.

Princesa:

_ Si quieren bajar allá ustedes. Nosotrxs no vamos a dar ni un paso atrás, ni adelante, ni al costado. Vamos a continuar un recorrido ventana por ventana para canjear un momento, una comida, algo que sabíamos por otra que no. Si nos cansamos bajamos, a lo sumo hasta el techo, como decís Rey, si antes había un laberinto nuestra propuesta tiene que superarlo. Por ejemplo, qué tal poner sombrillas, alfombras de césped sintético para contemplar la luna como si fuera el sol, el cielo negro como si fuera el mar, el silencio como si fueran gritos de chicxs jugando.

_ Hermoso y peligroso. Imaginate cuando se llene.

_ Explota.

Princesa:

_ De lejos todo me importa un pito. Yo les hablo de la cercanía. Si es mucho peso, tendremos que sujetar el plan, con otra cosa, sería la primera institución caótica en pos de una función. En vez de esta prolijidad disfuncional, a quién le sirve. Sólo a Cecyl y Matar. Hablando de todo un poco, seguro están por venir. El tema es cuándo, cómo vamos a hacer para mantener una conversación tierra cielo dios gusano.

Bombas de estruendo

Te dije, repitió, Princesa, las nombro y llegan.

Yo:

_ Miren con todos los que vienen, quiénes son.

Guita:

_ La yuta, quién sino.

Rey:

_ Miren que están en posición de tirar, en cualquier momento se zarpan.

Gato:

_ A estas tipas y tipos no les importa nada.

Criaturas:

_ Ellas siempre nos quisieron muertas.

Libra:

_ Lo último que pensé fue en este final horrible.

Princesa:

_ Qué decís. Dejalos que avancen a ver de qué son capaz estos incapaces.

Hombre Sombra:

_ Nos amenazan con dejar el lugar. Escucho clarito el ruido de esos megáfonos.

Laurence:

_ Y pensar que sin dinero a fin de mes a esta hora podría estar a salvo en el sillón de mi casa.

Yo:

_ Qué decís, una muerta de hambre, no se salva haciendo nada.

Portal y Bienvenida:

_ No vuelvan a este lugar.

Princesa:

_ No sé si dicen vuelvan o vuelan. Eso vamos a hacer para despistar el área. Comenzar a hacer círculos en el aire hasta marearlos. Ya lo habíamos dicho, es la manera de exclamar las transiciones. Hilos de seda blanca con los que se hacen los guardapolvos. Imagínense a esos gusanos con uno de estos.

Rey:

_ Que ellos queden a cargo.

Gato:

_ Las criaturas serían las únicas capaces de bajar, levantar las baldosas y volver, que se espanten de pisarlos.

Princesa:

_ A esas personas no les movés el piso así no más. Tienen que entender que lo que ellos mataron nos deformó. Actuemos como lo que somos.

Portal y Bienvenida:

_ Cuidado que están por tirar.

Y escuchamos una bomba de estruendo hacia el corazón de nuestro animal mecánico

que salpica miles de gotas que crean una ruta hacia miles de ventanas lejanas, en las que viven seres capaces de recuperar un transporte que lxs recortará de sus rutinas y las adherirá a un mareo universal de correspondencias por venir.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente